

de todas las cosas; si lo descuidáis, para vosotros no es posible ningún verdadero progreso". Es perfectamente cierto que las cualidades del corazón tienen que desarrollarse; sin embargo, algunas personas adelantan mejor con un trabajo determinado; otras no pueden educir de ellos lo mejor sin un estudio atento y una franca comprensión.

Algunas veces, atraído por la vida superior, uno se consagra únicamente a la contemplación. Para algunos ocultistas, es el mejor medio, al menos en las primeras etapas. Sin embargo, uno podría decir: "Primero es necesario que me desarrolle yo mismo para poder ser capaz de servir. Cuando sea Adepto, serviré perfectamente; no cometeré más errores". En todos los niveles, hay trabajo por hacer y el hombre que se ha hecho digno del adepto lleva a cabo su tarea en niveles muy superiores a todos los que nos son accesibles. Si esperamos, pues, el adepto para decidimos a trabajar para el mundo, desde ahora hasta entonces, quedará descuidado mucho trabajo de orden inferior. Nuestros Maestros trabajan principalmente en el plano nirvánico desde donde influyen en millones de egos humanos. En ese nivel superior Ellos hacen lo que para nosotros resultaría imposible, pero en los planos inferiores, ¡cuánto trabajo no tenemos ante nosotros!

Uno se imagina a veces que los Maestros deberían realizar este trabajo inferior y, por ejemplo, colaborar aquí abajo con tales o cuales personas. Como ya he explicado, no lo hacen, excepto en los casos, relativamente escasos, en que constatan que estas personas Les recompensarán muy pronto por el esfuerzo que se ha empleado en ellas. Los intereses del trabajo priman sobre cualquier otra consideración, si bien ningún sentimiento juega aquí el menor papel. Los Maestros trabajarán con un discípulo si, a la recíproca, éste es capaz de hacerse útil, y si la energía utilizada para instruirle y dirigirle tiene que determinar así, en un tiempo determinado, un

resultado mayor del que produciría una energía semejante dispensada en un campo más vasto y más elevado; es decir, si el hombre se presta a la instrucción y si está dispuesto a hacer mucho por sí mismo en toda ocasión. De otro modo, Ellos —podría decirse— no se interesarán en él más que de un modo general.

Hay mucho que hacer en estos niveles inferiores; a decir verdad, hasta aquí, considerables y muy variadas actividades, han sido descuidadas. A medida que la fraternidad humana se va consolidando, aparecen constantemente nuevas maneras de servir. Nuestros Maestros tenían muchos discípulos antes de la formación de la Sociedad Teosófica, pero la mayoría eran orientales, sobre todo hindúes y budhistas, sufíes y seguidores de Zoroastro. La mentalidad oriental difiere un poco de la nuestra. Sin idea de menoscabarla, creo que podemos decir que, en estas cuestiones, es menos práctica que la nuestra. La mayoría de los discípulos indios se ocupan sobre todo de sus propios estudios que, además, representan una cantidad ingente de trabajo y los llevan muy lejos hacia adelante, antes de interrumpirlos para ayudar a sus semejantes. La obra de las ayudas invisibles no tenía para ellos el mismo atractivo que para nosotros. Entre los indios, nadie, ni siquiera un 'coolie', es en absoluto tan ignorante como un cristiano medio, con relación a la vida del más allá; de modo que tampoco es necesario despojarles de las fantasías creadas por la idea de un infierno eterno. Cuando nuestros estudiantes comprendieron la naturaleza del trabajo astral, se dieron cuenta de que la necesidad de ayuda era extrema. Ante ellos estaban millares de personas sufriendo una atroz pesadilla, una especie de espantajo creado por ellos mismos bajo la influencia de enseñanzas absurdas. Un espectáculo parecido despierta de inmediato el deseo de paliar toda esta angustia; entonces, se emprendió, y fue creciendo

como una bola de nieve ladera abajo el trabajo de las ayudas invisibles. Toda persona que había sido ayudada se puso a ayudar a los demás; ocurrió entonces que, en treinta y cinco años más o menos, después de la organización metódica de la obra, el efecto producido fue muy considerable.

Un hombre puede llegar muy alto no ocupándose más que de su propio desarrollo, pero en esta línea no alcanzará el adeptado. Aquel que, para servir al mundo, espera llegar a adepto, nunca lo será. Podrá refugiarse en el nirvana, es decir, podrá liberarse, pero como no ha comprendido lo que el Logos espera de él, se encontrará rezagado detrás de una masa de gente menos adelantada y menos brillante pero que ellos sí que han sabido comprenderlo. Por consiguiente, tendrá que renunciar a la vida en los planos superiores y retroceder para aprender lo que todavía no había aprendido: que la humanidad es una y que, sin haber comprendido esta realidad, es imposible elevarse hasta la cima del progreso.

Pero, como aquí queda dicho, el trabajo desinteresado no es suficiente por sí solo, para garantizar el desarrollo total. El hombre también tiene necesidad de desarrollar su devoción y, sobre todo, su facultad de responder a la luz interior, porque sin eso seguirá siendo un instrumento imperfecto; sin eso, y aunque trabaje con el máximo celo, será incapaz de responder con la suficiente rapidez a las señales, a las indicaciones que llegan de lo alto; en cierto modo, sería necesario que se le sacudieran para ponerlo en el recto camino, cuando con una leve acción de la mano debería bastar, y en esas condiciones, su instrucción proporcionaría más preocupación al Maestro. El hombre tiene que adquirir también algunas ideas sobre el gran Plan, porque la obra es gloriosa y para llevarla a cabo con perfección es necesario el conocimiento. Para llegar a ello, pues, es necesario un decidido esfuerzo intelectual. En el curso de nuestras actividades ad-

quirimos muchos conocimientos, pero tenemos todas las razones posibles para aprovechar la experiencia colectiva de los que nos han precedido, y con el estudio, instruirnos todo lo que podamos a fin de que nuestro trabajo salga ganando.

Los vicios de los hombres se convierten en peldaños de la escalera, uno por uno, a medida que se van dominando. Las virtudes del hombre son, en verdad, peldaños necesarios —de los cuales no se puede prescindir en modo alguno. Sin embargo, aunque crean una atmósfera bella y un futuro feliz, son inútiles si están aisladas, si existen por sí solas.

A.B.— Aquí, tanto a los vicios como a las virtudes se les llama peldaños. Esta asimilación no puede presentar *para los estudiantes* ningún inconveniente; para el discípulo es incluso necesaria; pero en el mundo estaría bien adoptar un sentido más riguroso, porque para las personas no desarrolladas, la palabra vicios no debe significar otra cosa que vicios, y virtudes, virtudes. La asimilación haría tambalear sus ideas relativas a la moralidad; esas personas no pueden aplicar los principios con conocimiento de causa y no ven más que la fachada moral de toda acción; necesitan, pues, con una lista de cosas malas que hay que evitar, unas prescripciones religiosas y sociales a seguir. Sería un error perturbar la opinión general relativa al vicio y a la virtud, aunque esta opinión permita acciones que se han convertido en extrañas para el discípulo.

Por el contrario, los estudiantes de esoterismo tienen que aprender que ellos, unos y otros, representan manifestaciones de la Divinidad. La manera de enfocar la cuestión es la de considerar a toda alma como un ser divino, como un foco de energía centrífuga, esparcidas por el mundo. Expresar la

vida del alma; he aquí en qué consiste la vida humana y ella encuentra su expresión hacia fuera. En las primeras etapas de su evolución no existía nada a lo que pudiera llamarse vicio o virtud, sino, simplemente, un flujo de energías manifestándose sobre todo, de una manera que nuestras normas sociales contemporáneas no aprobarían. No cabe duda, y ya desde el inicio de nuestra carrera humana, que la mayoría de nosotros, particularmente aquellos que llegaron a la individualidad por los tipos más superiores del reino animal, hasta cierto punto, han podido utilizar su inteligencia y, por consiguiente, han podido aprender muchas cosas mirando a su alrededor. Sin embargo, subsiste el hecho de que todos, en nuestras primeras etapas, hemos cometido lo que hoy se consideran malos actos. Estas experiencias nos enseñaron a hacerlo mejor; ellas fueron, pues, los peldaños o medios para progresar; además, nos permitieron comprender y ayudar a otros hombres que ahora realizan parecidas experiencias. Todos los tipos de experiencia son igualmente necesarios; nos hubiera resultado imposible comprenderlas, ni siquiera en parte, sin la ayuda de todos los modos de expresión. Nunca podríamos ayudar a nuestros semejantes si no les comprendiéramos.

Tal vez en otra época, nosotros hayamos sido asesinos o borrachos; si esas fueron nuestras experiencias particulares, y si ahora vemos el mal en ellas, es porque hemos cometido esos actos pecando de ignorancia y porque ellas nos han aportado sufrimiento. Más tarde, aprendimos que estas experiencias nos impiden avanzar y que, por consiguiente, son malas, pero sin cierto grado de experiencias, jamás habiéramos podido darnos cuenta de ello. No hay consejo capaz de proporcionarnos el conocimiento preciso, fruto de la experiencia. Después de haber aprendido nuestra lección sobre un punto determinado, independientemente del poder de la

tentación, nunca más cometeremos esa falta. Jamás estaríais seguros si persistiera para vosotros alguna posibilidad de caída. Es necesario conocer a conciencia estas cosas; la idea original, la experiencia básica, son indispensables para vosotros si esperáis estar seguros y ser capaces de servir.

C.W.L.— Aquí, el Chohan todavía nos recuerda que el objetivo del entrenamiento oculto no es, simplemente, hacer que los hombres sean virtuosos, sino, además, hacer de ellos grandes potencias espirituales que puedan colaborar inteligentemente con el Logos. La elevación moral es, ante todo, necesaria, pero por sí sola es inútil.

Al comienzo de su evolución y en sus etapas más primitivas, la idea del bien y del mal no existe para el hombre; por consiguiente, no se le pueden atribuir muchos vicios y virtudes. Después de todo, el salvaje no es más que un foco de energía centrífuga, del género irresponsable que encontramos por todas partes en los reinos inferiores. Una mosca posee un cuerpo minúsculo pero, en comparación a su tamaño, despliega una energía terrible. Imaginad un ser de nuestra misma talla dotado de una energía proporcionalmente así de grande y que no sabe más que la mosca lo que puede hacer con ella; sería un ser violento, espantoso, un peligro para todo su entorno.

El salvaje posee una energía parecida; se manifiesta en luchas, en ambiciones de todo tipo, las cuales, según nuestro punto de vista, son vicios, aun cuando nos resulte difícil considerarlos como a tales en él. Ningún impío ni vicioso placer le impulsan a matar, tal como ocurre entre los hombres que pertenecen a razas superiores. Desde luego, él experimenta una especie de orgullo por poder vencer y matar a sus semejantes y de este modo gasta una energía considerable que, dentro de muchos milenios, será canalizada productivamente; el salvaje tiene que aprender a manejarla, a

dejarse imbuir por ella sin que él mismo u otros tengan que sufrir, pero esto es una cuestión de disciplina y de desarrollo prolongados, y también del dominio impuesto a los vehículos por parte del ego.

A un nivel mucho más elevado, es lo mismo para un hombre que dispone de un poder inmenso, por ejemplo un millonario americano de antigua estirpe, que muy a menudo amasó una gran fortuna arruinando a sus semejantes; mientras actuaba tan malamente, adquiriría unas formidables dotes de concentración y de mando. Al haber aprendido en esas condiciones a ejercerlas y a manejar a los hombres, es posible que en otra vida se convirtiera en un general del ejército. Para empezar, utilizaría su poder, como Napoleón, para su grandeza personal y para su ambición. Más tarde, este hombre aprenderá la manera de poner sus facultades al servicio de la humanidad. Es, pues, bien cierto que los vicios humanos en sí son escalones que conducen a algo más elevado y mejor. En resumen, para pasar del vicio a la virtud es necesario aprender a dominar nuestras energías y a imponerles la dirección correcta. La transmutación de nuestros vicios en virtudes empieza el día en que comprendemos que la energía que así malgastada hace tanto daño, podría producir efectos bienhechores. Todas las veces que una mala cualidad se suprime definitivamente, se transforma en una virtud contraria y se convierte así en un verdadero escalón que nos permite progresar en nuestra evolución.

La naturaleza entera del hombre debe utilizarse sabiamente por aquel que desee entrar en el Sendero.

A.B.— Aquí la palabra “Sendero” significa la vida espiritual propiamente dicha. Siendo el hombre un ser espiritual, la vida espiritual es su misma vida. Para seguir este camino,

tiene que servirse de todas sus facultades, de todas sus fuerzas, de todo su ser. Lo que el hombre es, en realidad es en lo que virtualmente se convierte, es decir, una manifestación de la Divinidad. En una determinada etapa, el discípulo oye decir: "Tú eres el Sendero". Hasta entonces, el llama su Sendero al Maestro; veía en Él la manifestación divina; pero cuando lo divino se manifiesta en él mismo, él se convierte en el Sendero, y cuanto más avanza, más lo es. Toda la naturaleza del hombre tiene pues que ser sabiamente aprovechada; después de lo cual, el fragmento divino, gracias al instrumento que se ha creado, puede desplegar en la vida activa y positiva sus facultades latentes.

Las palabras "fragmento divino" no están utilizadas como una simple imagen poética; contienen una verdad que no nos podemos permitir olvidar y que no podría expresarse en otros términos. La misma idea se encuentra en el catecismo citado en *La Doctrina Secreta*¹ donde el Gurú pregunta al discípulo: "¿Qué ves?" Y el discípulo percibe innumerables chispas que parecen independientes; para el ignorante, lo son, pero a los ojos del sabio forman una única Llama. Un fragmento semejante, como centro de conciencia, es un punto sin extensión; no puede estar separado. En el fondo, todos los centros son uno, puesto que, en esencia, sólo existe una esfera, un universo único. Pero, más allá del plano nirvánico, el misterio de la unidad es incomprensible; es inexplicable en los mundos inferiores y toda tentativa de plasmarlo en símbolos tiene que ser imperfecta.

El fragmento divino es la Mónada cuyo triple espíritu es la reproducción en el plano nirvánico. El atma es allí trino y

¹ Op. cit. vol. I

hace descender uno de sus poderes al plano búddhico y otro al plano mental. En este poder están las posibilidades del Logos, pero en principio ella es absolutamente incapaz de expresarlas. Al proyectarse, Atma se presenta como Manas, el principio de la individualización, la facultad productora del “Yo Superior” que hace nacer la individualidad en el tiempo, como oposición a la Eternidad. Este Yo se rodea de materia a fin de expresarse en el plano manásico superior y se construye así un vehículo, el cuerpo causal, que subsiste durante toda la larga serie de encarnaciones humanas. He aquí el cuerpo, creado con dolor, a través del cual el hombre se propone proseguir su desarrollo.

Imaginad Atma descendiendo, expandiéndose en el tercer plano (contando de arriba abajo), es decir, en el plano manásico; se rodea de materia que pertenece al nivel más elevado de este plano y configura el cuerpo causal que, a partir de entonces su vehículo para la expresión del aspecto manásico de Atma en ese plano. Es manas apropiándose del cuerpo causal. En la encarnación, este manas se desdobra. Alcanza los niveles inferiores del plano mental y constituye allí un vehículo —el manas inferior— que, a su vez, forma el cuerpo astral, y éste, a su vez, facilita la energía que constituye los cuerpos etérico y físico. En su propio plan, cada uno de los cuerpos es un medio de adquirir experiencia, y esta experiencia, si su naturaleza lo permite, se transmite al principio autor del vehículo. Así, al final de la encarnación personal, el manas inferior transmite al cuerpo causal toda la experiencia adquirida y la personalidad perece. El cuerpo causal conserva las experiencias diversas favorables a su crecimiento, y que se quedan con él durante todo el tiempo de sus encarnaciones futuras.

Por otro lado, el cuerpo causal está en relación con lo que está más allá de él. Del lado interno, o del lado superior de

este vehículo se transmite un tercer aspecto de atma, la esencia de todas las experiencias del cuerpo causal; lo que de este modo recibe el aspecto manásico de atma le capacita para actuar sin cuerpo causal, es decir, sin vehículo ni limitaciones.

Familiarizándose con estos hechos, el estudiante comprobará que explican la muerte de la individualidad. La idea se encuentra también en las escrituras hinduistas y budhistas. El cuerpo causal representa la individualidad, la cual perdura durante todo el ciclo de encarnaciones. Formada en un momento dado, tiene que perecer en otro; al haber nacido, tiene que morir. Siguiendo la expresión del Gitâ: "La muerte es segura para aquel que nace".² Esto es verdad, no sólo en el mundo exterior, sino también en el sentido más amplio. El cuerpo causal, al haber nacido, tiene que perecer. Él es la morada que el fragmento divino se ha construido con tanto trabajo; es el "Yo" del discípulo. Con los otros hombres, el "yo" está ubicado más abajo todavía, en la personalidad, pero el "Yo" del que acabamos de hablar tiene que alcanzarse al principio del Sendero; finalmente es sobrepasado cuando la etapa del desarrollo del atma ha finalizado, en el momento de la verdadera liberación. Hasta ahí, va disminuyendo y su índole se modifica a medida que el Arhat crece. Llega un día en que uno reconoce que es un "Yo" incompleto, en modo alguno el "Yo" real, pero en el período actual de la evolución humana, todo intento de descripción no haría más que falsear las ideas.

El discípulo se propone, y con razón, comprender y purificar la individualidad. Ésta ha sido creada para servir a su

² Op. Cit., II, 27.

creador; algunas veces es llamada, en términos técnicos, una criatura; entonces se dice que el hombre —el hombre verdadero— encuentra a su criatura. Igualmente, la individualidad o criatura encuentra a su propio creador. Este encuentro no se produce más que en una etapa avanzada de la evolución. Cuando un hombre encuentra su criatura, se ha convertido en perfecto y está más allá de la individualidad.

La creación de la individualidad tiene lugar en una etapa inferior; exige del hombre esfuerzos muy prolongados. Los seres humanos menos avanzados están durante largo tiempo aprisionados en sus vehículos inferiores, y eso es necesario para su progreso mientras el individuo no está enteramente constituido; el cuerpo causal, pues, y durante mucho tiempo también, permanece en un estado de desarrollo inconsciente, mientras que en la personalidad se ejercen las actividades. ¡Cuánto tiempo ha hecho falta para construir el cuerpo físico: cuántas rondas y cuántas etapas seguidas por los Pitris en la cadena lunar, antes de ser aptos para pasar a la evolución humana! El tiempo necesario a los seres humanos para constituir al individuo, es extremadamente variable, pero todos meten mucho tiempo. Esta constitución se acelera en las etapas superiores, bajo la inspiración del ego, más adelantado que en las etapas inferiores. Cuando la inteligencia alcanza una etapa avanzada, utiliza fuerzas superiores y aprende a no desperdiciarlas; entonces la constitución prosigue con extrema rapidez. Para nosotros es un poderoso acicate; remontémonos, en efecto, a la cadena lunar y pensemos en el tiempo que necesitamos para adelantar, ese tiempo nos parecería muy largo si debiera repetirse; pero si miramos hacia adelante, comprobamos que el progreso puede acelerarse de una manera casi increíble.

Por sí mismo, el fragmento divino no puede nada; todo su desarrollo depende de su contacto con las energías exterior-

res y también de sus vehículos; sin ellos, no hay crecimiento posible. Como ha dicho HPB, el espíritu es inconsciente en los planos inferiores; no puede manifestar ningún poder si no posee un vehículo que lo exprese en el plano donde tiene que actuar; además, no es dueño de sus vehículos a menos que éstos se hayan convertido en perfectos. La tarea de convertirlos en tales, desarrolla hasta la perfección las facultades del espíritu; los dos desarrollos son, pues, simultáneos. Cuando este trabajo está terminado, el espíritu posee el poder de desintegrar los vehículos individuales desde que los abandona y de reconstruirlos en un instante, cuando lo juzgue conveniente.

Pensad en los Seres Espirituales llegados a la perfección. Su crecimiento no ha exigido vehículos más que cuando evolucionaban en la etapa humana o por debajo, pero, si al haber asimilado todas las experiencias de esta evolución, uno de ellos desea manifestarse, siempre puede crear lo que se necesita para ello y, después de haber utilizado las fuerzas de este plano, puede retirar de nuevo el vehículo. Hablando de los Espiritu Planetarios, HPB nos enseña que Éstos han pasado por la humanidad. No podríamos ver en ellos la ayuda si, gracias a las etapas humanas, ellos no hubieran asimilado la experiencia necesaria. Así pues, existen Seres que pueden no estar manifestados, pero que son capaces de manifestarse aprovechando de Su propia esencia la experiencia de la que tienen necesidad y creando un vehículo en el cual puedan actuar.

Se comprende sin dificultad por qué los vehículos son “para su propia utilidad”. A medida que avanzamos, nos evadimos de cada vehículo exteriormente manifestado y aprendemos a utilizarlo únicamente para el trabajo superior, sin ninguna idea personal. Llegar a eso respecto al cuerpo físico ha de ser para el discípulo la meta de sus esfuerzos diarios.

El cuerpo físico ha de estar tan bien controlado que deje de proyectar sobre vosotros su propia imagen; él no existe más que para servirlos y vosotros tenéis que aprender a dominarlo por completo, a fin de que no pueda imponeros ninguna experiencia que vosotros no deseéis; tiene que ser únicamente un instrumento a vuestra disposición; vosotros le enseñáis a transmitir sus experiencias al ego. Llegará un momento en que ya no tendréis necesidad de transmitir ninguna experiencia y en que el "Yo" escogerá a su gusto. Esta es una meta muy elevada; es la etapa del Adepto.

En *La Doctrina Secreta* se dice que el cuerpo de un Maestro es ilusorio; eso significa únicamente que el cuerpo físico no puede causarle ni tormento ni inquietud; por este cuerpo, las fuerzas ambientales no Le pueden influir más que en la medida en que Él se lo permita; no pueden hacer tambalear Su centro. HPB también ha dicho que el cuerpo físico de un Maestro es un simple vehículo que no transmite nada, un simple punto de contacto con el plano físico, un cuerpo mantenido para las necesidades de Su actividad, rechazado después cuando deja de ser útil. Es lo mismo para los cuerpos astral y mental. Cuando el cuerpo causal es reducido al estado de instrumento, la individualidad perece, porque el atma ha adquirido el poder de manifestar a voluntad su tercer aspecto en el plano mental y ya no tiene necesidad de conservar allí un vehículo permanente.

C.W.L.— Este aforismo parece contradecir algunos de los precedentes. Por ejemplo, se nos dice que matemos el deseo, que matemos diversas partes de nosotros mismos. En *La Voz del Silencio* se dice que el discípulo tiene que aprender a matar voluntariamente la forma lunar —es decir, a deshacerse del cuerpo astral. La palabra "voluntariamente" nos facilita la clave. No hace falta destruir el cuerpo astral, de otro modo nos convertiríamos en unos monstruos mentalmente

muy desarrollados pero faltos de toda comprensión. Muchas personas temen mucho a la emoción porque no pueden resistirse a ella; sin embargo, tienen que esforzarse, no para destruirla, sino para purificarla de la materia; la emoción tiene que ser una fuerza utilizable, no una fuerza que nos abrume. No hay que aniquilarla, porque sin ella jamás podríamos comprender la emoción en los demás; por consiguiente, jamás podríamos ayudar a las personas de temperamento emotivo. Limitémonos a refinarla y a extirpar de ella todo elemento personal.

Igualmente, las personas intelectuales no tienen que destruir el intelecto, sino frenarlo y dirigirlo. Es muy cierto que el intelecto, como la devoción, puede arrastrar. Uno no siempre se da cuenta de ello; se dice que, normalmente, el intelecto en sí, nos impide caer en los extremos; me temo que esto no es así. Muchas personas deifican al intelecto; dicen: "Nuestra razón es la única guía que tenemos y, lógicamente, hemos de seguirla hasta el final". Nada sería más exacto si todas sus premisas fueran justificadas, pero, en general, son muy precarias. Estas personas, normalmente, sólo consideran la cuestión desde el lado físico, de modo que sus conclusiones, inevitablemente, son falsas.

Repito: hay que ser equilibrado; hay que aprender a estudiar un tema bajo todos sus aspectos; es necesario evitar llevar tan allá el desarrollo de una cualidad única, aunque sea excelente, que todas las demás desaparezcan excepto ella porque, a menudo, la cualidad más admirable puede convertirse en peligrosa si se encuentra así separada del conjunto. El hombre que posee una viva inteligencia merece nuestras felicitaciones por su desarrollo intelectual, pero tiene que cuidar, tanto más, que el otro aspecto de sí mismo, el del amor y el de la comprensión no quede descuidado ni olvidado.

Exactamente igual, las personas dotadas de amor y de comprensión tienen que esforzarse por desarrollar en ellas el lado intelectual, a fin de no dejarse llevar por su simpatía a cometer una torpeza que, lejos de ayudar a los demás, les impediría avanzar. Una persona, animada por la más viva simpatía pero ignorante, a menudo es impotente, como lo serían muchos hombres testigos de un grave accidente y que no tuvieran conocimientos médicos. Muchas personas, llenas de comprensión y muy deseosas de ayudar, no saben cómo hacerlo; si son ignorantes, sus esfuerzos pueden perjudicar que beneficiar. Incontestablemente, el conocimiento es tan necesario como la emoción.

La emoción, en nuestra naturaleza, es la fuerza impulsora. En los antiguos textos indios se dice que las emociones son los corceles, pero que la mente los dirige; ella lleva las riendas. Hace falta, pues, desarrollar a aquellas y a ésta. Los caballos nos son necesarios; son los medios para progresar, una reserva de energía, pero una dirección razonable no es menos útil; sin ella los caballos nos arrastrarían. Todo esto se encuentra perpetuamente señalado en toda obra sobre ocultismo; sin embargo, nunca está de más repetirlo, porque la gente olvida. Siempre hay personas que no desarrollan más que una sola faceta, mientras las demás siguen apenas esbozadas. Esta es una de las razones que pueden conducir incluso a la caída de una persona adelantada.

Cada hombre es absolutamente para sí mismo, el Sendero, la Verdad y la Vida, Pero sólo es todo eso cuando domina con firmeza toda su individualidad, y cuando con la fuerza de su voluntad espiritual despierta, descubre que esta individualidad no es él, sino aquello que él ha creado con dolor para su uso, y por cuyo medio se propone, a medida que su crecimiento desarrolla lenta-

mente su inteligencia, alcanzar la vida más allá de la individualidad. Cuando sabe que su maravillosa vida compleja y separada existe para eso, entonces, y solamente entonces, en verdad se halla en el Sendero.

C.W.L.— El Sendero —es decir, la verdadera vida espiritual— no puede encontrarse más que después de la formación de la individualidad. La expresión utilizada aquí por el Maestro Veneciano —esta cosa compleja que se ha creado con tanto sufrimiento y esfuerzo para su propio uso— puede aplicarse igualmente a la individualidad como también a cada personalidad. La individualidad así creada por la Mónada crea, a su vez, sus diversas personalidades, pero todas para el uso de la vida superior y sólo por esta única razón. Todos los hombres cometen el mismo error: el de identificarse con la naturaleza inferior y permitirle hacerles creer que ella es el “Yo”, mientras que en realidad el “Yo” es la Mónada, situada mucho más allá y que utiliza todos estos vehículos.

La evolución humana puede definirse como un recogimiento del hombre en sí mismo; sin embargo, él aporta siempre sus gavillas; nunca lleva las manos vacías. Esta transmisión de lo inferior a lo superior, los frutos de la experiencia, prosigue sin cesar a todos los niveles. En la vida cotidiana lo hacemos de muchas maneras, pero sin interpretarlo así. Por ejemplo, sabemos leer; en la actual encarnación hemos adquirido esta facultad muy lentamente y a costa de prolongados esfuerzos. Hoy, tomamos un libro y sus páginas nos resultan de inmediato inteligibles; para eso no es necesario acordarnos de que sabemos leer; los detalles de esta experiencia están olvidados, no tenemos ningún interés en recordarlo. Algunos de entre nosotros han aprendido a leer la música y a interpretarla; pero al principio han tenido que

examinar atentamente cada nota y después encontrar en el teclado el tono correspondiente. Hoy, la necesidad de todo este trabajo está olvidada; el recuerdo de cada una de las antiguas lecciones no es necesario para tocar; el objetivo de la educación musical se ha logrado.

Así ocurre exactamente respecto al recuerdo de las vidas pasadas. Las personas que creen en la reencarnación tienen a menudo un trasfondo de resentimiento, porque no recuerdan la causa de sus sufrimientos actuales; sin embargo, admiten de buen grado que estos sufrimientos son debidos a errores del pasado. Un sentimiento tal vez muy natural, pero sin mayor importancia. El alma sabe: ha observado la causa generadora de un resultado adverso e influirá lo mejor que pueda a la personalidad a fin de evitar la repetición del error cometido.

Uno se imagina que nuestras vidas se simplificarían si la personalidad pudiera recordar todas estas encarnaciones anteriores. En cierto sentido, esto es posible, pero, según mi parecer, si en la personalidad, antes del adeptado, 'poseyéramos el recuerdo de todas nuestras vidas pasadas, nos haría más mal que bien. En primer lugar, no somos capaces de calibrar todas estas cosas con calma. El espectáculo de los terribles crímenes cometidos por nosotros en otras vidas tendría sobre nosotros un efecto deprimente. Después de larguísimo tiempo, sé pasar revista a mis vidas anteriores, y esto no me produce ningún placer. En las vidas pasadas de cada uno se encuentran a veces acciones nobles y bellos acontecimientos, y uno puede encontrarlos con cierta satisfacción, pero, en el examen de una existencia anterior, lo que hiere primeramente y con más viveza, es el número de ocasiones que no hemos sabido ver. Aquí, allí, por todas partes, las ocasiones nos rodean y yo no puedo constatar sin estupefacción que las hayamos aprovechado tan poco; no es que

nos haya fallado la voluntad de aprovecharlas; nuestras intenciones eran buenas, puede decirse que débilmente buenas y, si hubiéramos discernido las ocasiones, las habríamos aprovechado. Ahora miramos atrás y nuestra ceguera de entonces nos sorprende. Y nos decimos: "Si hubiera tomado partido por esto, o por aquello, se habrían derivado algunas consecuencias y hoy, yo sería un Adepto". Sólo que no lo hemos hecho. Llegados a este elevado nivel, la facultad de mirar atrás nos será útil, dado nuestro desarrollo actual en inteligencia y en libre albedrío, esto no sería con toda seguridad un placer sin medida.

Examinemos los principios generales. En su conjunto, el plan del que formamos parte está destinado a favorecer la evolución del hombre; por consiguiente, no hay ninguna duda de que, si en interés propio, una personalidad tuviera que recordar todas sus vidas pasadas, tendría esa facultad; pero como está privada de ella, tendríamos que tener un poco de fe y reconocer que, en definitiva, todo es para bien. Al alcanzar la facultad retrospectiva, el hombre adquiere al unísono más experiencia y un juicio más ponderado; está demasiado convencido de que el plan está regido por la justicia para no decir, cuando la semblanza de que un efecto procede de su causa no le parece muy clara: "No veo la razón de eso, pero con toda seguridad la descubriré en seguida". La idea de que es objeto de una injusticia ni se le ocurre. Las personas que se lamentan siempre de ser tratadas injustamente y que no dejan de acusar al cielo por no acordarse de ellas, no comprenden la primera palabra del tema. La ley —lo sabemos— es absolutamente justa, tan justa como la ley de la gravitación, pero de ello no se deduce que nosotros podamos decir siempre con precisión de qué modo tiene que operar.

Como ya he dicho, el ego observa las causas de los resultados negativos; aleccionado por sus experiencias anterior-

res, trata de influir a la personalidad antes de que ésta no se haga tan fuerte, tan marcada, tan decidida, que rechace aceptar la más mínima indicación del ego situado por encima de ella, muy persuadida de que en su terreno, ella siempre tiene razón. La personalidad se niega muy a menudo a aceptar la ayuda de lo alto, de modo que el ego no puede influirla tanto como quisiera; sin embargo, busca convertirse en el dueño, y a medida que vayamos avanzando sentiremos cada vez más este Yo superior buscando apoderarse de las riendas. Si consentimos en identificarnos con él, descubriremos que puede actuar mucho mejor en nuestro favor. Su principal dificultad la encuentra en el hecho de que la personalidad media se identifica con los vehículos inferiores y soporta mal su intervención; pero, si el ego puede conducir la personalidad a identificarse con él mismo, toda dificultad queda atenuada de inmediato.

Cuando, por añadidura, el cuerpo astral y el mental están totalmente sometidos, el progreso puede ser de los más rápido. Normalmente, cuando el ego, utilizando sus vehículos inferiores, quiere ocuparse de una cosa en particular, estos vehículos se obstinan en aportarle cien otras cosas y a enviarle informes que él no pide ni desea. La disciplina de la mente tiene que lograrse de manera que transmita exclusivamente al ego lo que el ego quiere saber; entonces, si el ego, al someter un problema a su mente, le dice: "Aclárame esto y dame la respuesta que necesito", la mente dócil obedece perfectamente, mientras que, en condiciones parecidas, la mente media presenta cien cosas inútiles al ego, a causa de todos los pensamientos errabundos que intervienen y se imponen.

El sistema que consiste en transmitir los resultados del trabajo inferior, sin los detalles de la experiencia, permanece inamovible hasta el momento en que alcanzamos el adeptado. En el curso del desarrollo del ego, el primer cambio señala-

do efectuado en el hombre consiste en elevarse hasta el plano búddhico, la inteligencia o manas. El hombre sigue siendo triple, pero ahora funciona en dos planos en lugar de tres; atma se desarrolla en su propio plano; buddhi en su propio plano y manas se sitúa en el nivel de buddhi, habiéndose elevado hasta la intuición. El ego abandona entonces el cuerpo causal del cual ya no tiene necesidad. Si desea volver a descender y a manifestarse de nuevo en el plano mental, tiene que fabricarse un nuevo cuerpo causal, pero por otra parte este cuerpo ya no le es necesario.

De una manera bastante parecida, estas dos manifestaciones reunidas en el plano búddhico —el buddhi y la inteligencia glorificada que es la intuición— van a elevarse al plano nirvánico o átmico y, en este plano, el espíritu triple se encuentra plenamente vivificado. Entonces, las tres manifestaciones convergerán en una de sola. Este poder está al alcance del Adepto porque Él unifica la Mónada y el Ego, igual como el discípulo se esfuerza en unir el ego con la personalidad.

Esta ascensión del manas superior retirado del cuerpo causal, situándolo en el plano búddhico lado a lado con el buddhi, constituye el aspecto o estado del ego llamado por Madame Blavatsky el ego espiritual. Es difícil establecer en detalle una comparación con el estado por el que han pasado y descrito los místicos cristianos, al haberse situado éstos en un punto de vista muy diferente, pero esta condición parece corresponderse con la que los místicos han llamado “la iluminación espiritual”, es decir, la condición del Arhat. Es el desarrollo del principio crístico. Para nosotros, el nacimiento de este principio se sitúa en el momento en que el hombre, por primera vez, alcanza la conciencia búddhica, pero, cuando se dice que el Cristo está plenamente desarrollado en él, yo creo que se trata del estado del que acabamos

de hablar.

Al alcanzar algunos de estos niveles superiores, la aceleración del proceso es máxima. Recuerdo que en las Indias un día se me preguntó si la medida de los progresos del hombre en el Sendero podría representarse como una progresión aritmética. Yo respondí: "Cuando el proceso está en marcha creo que más bien se parece a una progresión geométrica". No convencí a todo el mundo. Al parecerme que los indios encontraban que yo iba demasiado lejos, le pregunté al Maestro Koothumí si la expresión "progresión geométrica" era aplicable a los progresos de una persona comprometida en el Sendero. "No, me dijo, la expresión no sería acertada. Desde el momento en que una persona entra en el Sendero, si concentra en él todas sus energías, su progreso están representados, no por una progresión aritmética o geométrica, sino por potencias". No se trataría, pues, de una progresión de 2, 4, 8, 16, etc., sino de potencias 2, 4, 16, 256, etc. Esto alumbró la cuestión con una luz muy distinta y nosotros descubrimos que lo que nos espera no es tan difícil ni tan laborioso para que uno no se sienta tentado a creerlo. Han hecho falta millares de años para llegar a nuestra etapa actual y la hazaña no parece muy notable dado el tiempo que nos ha tomado. Si nuestra evolución futura tuviera que ser así de lenta, caeríamos de nuevo abrumados sobre nosotros mismos pensando en las edades que todavía tendríamos que pasar para llegar a la meta. Anima pensar que desde nuestros primeros pasos en el Sendero, progresamos realmente muy aprisa.

Admitamos que la buena gente corriente consagra la centésima parte de su mente a mejorarse. Muchas personas no hacen ni siquiera eso. Nosotros, los que estudiamos los principios del ocultismo tratando de acomodar a ellos nuestras vidas, hemos llegado más lejos y empezamos a dedicarle un

tiempo razonable. Cuando lleguemos a la etapa en que toda nuestra fuerza y todo nuestro pensamiento estarán concentrados en esta gran tarea, daremos un salto hacia adelante. Por más atrasados que hoy estemos, cuando podamos dedicar todas nuestras facultades al trabajo necesario, lo haremos infinitamente mejor de lo que actualmente nos imaginamos.

Búscalo sumergiéndote en las misteriosas y gloriosas profundidades de lo más íntimo de tu ser. Búscalo probando toda experiencia, utilizando los sentidos a fin de comprender el desarrollo y el significado de la individualidad, y la belleza y la oscuridad de aquellos otros fragmentos divinos que están luchando codo a codo contigo y que forman la raza a la que tú perteneces. Búscalo estudiando las leyes del ser, las leyes de la naturaleza, las leyes de lo sobrenatural, y búscalo prosternando tu alma ante la pequeña estrella que arde en el interior. Firmemente, a medida que vigilas y rindes culto, su luz se irá desarrollando con más fuerza. Entonces podrás conocer que has encontrado el principio del camino. Y cuando hayas encontrado el final, su luz se convertirá de repente en la luz infinita.

A.B.— En este comentario se encuentran de nuevo consideradas las tres maneras de buscar el camino.

A título de clasificación, se puede distinguir: las leyes de la naturaleza, relativas al mundo fenomenal o susceptible de ser observado; las leyes de la *supernaturaleza*, o aquellas del manas superior y del buddhi; finalmente, las leyes del ser o de la existencia verdadera en nirvana. Por leyes de la

naturaleza entendemos por consiguiente aquellas leyes que gobiernan los planos físico y astral y los subplanos rûpas del manas.

Las leyes superiores a éstas, pero inferiores a las del “ser” pueden llamarse leyes de la super-naturaleza; comprenden, a la vez, los planos arûpa del manas y el plano búddhico. Es la región donde la vida se expresa más que la forma; donde la materia, subordinada a la vida, se modifica a cada instante. Allí no hay nada que represente una entidad con los contornos bien definidos. A todo cambio de pensamiento, corresponde en la entidad un cambio de forma; la materia sirve de instrumento a su vida sin ser la expresión de ella; la forma se crea momentáneamente; ante todo cambio de su vida ella cambia también. Esto es verdad en el plano arûpa del manas, como también lo es, de una manera sutil, en el plano búddhico. También es verdad para el ego espiritual; yo llamo así al buddhi más el aspecto manásico del Uno, recogido en el buddhi cuando el vehículo causal ha sido rechazado. A este estado, los místicos cristianos lo han llamado la iluminación espiritual; es la etapa del Arhat o del Cristo en el hombre.

La palabra sobrenatural sirve normalmente para cubrir todo aquello que la experiencia corriente de este mundo no puede explicar. Todo lo que parece irregular o que no parece acomodarse a las leyes de la naturaleza ha sido etiquetado así, ante la gran perplejidad de las personas que reflexionan. En este mundo, revolución general contra todo lo que se denomina sobrenatural; uno siente que no puede existir nada sobrenatural porque en la naturaleza no existe ni irregularidad ni desorden, ni parcela que escape a la ley. La ley se afirma en todas partes y es una. “Como es arriba es abajo”, verdad universal. Una naturaleza única, si bien expresándose de maneras diferentes, permanece constantemente ella

misma. Pero, cuando llegamos a lo que se llama aquí lo sobrenatural, nos encontramos con un estado más allá del dominio de los sentidos —incluso otorgando a esta expresión el significado más amplio. Al traspasar completamente todo lo que es fenomenal, abordamos los mismos mundos espirituales en sí.

Más allá, está el plano del atma o nirvana, la región del ser donde todo es realidad, donde reina la conciencia real. Hemos de buscar este camino estudiando nuestro ser hasta lo más profundo. Mientras en nuestra meditación más elevada, no hayamos alcanzado el plano nirvánico, somos incapaces de rozar la verdadera conciencia átmica; sin embargo, podemos intentar llegar a ella y, desde luego, comprendiendo al máximo su realidad. Imaginad el nirvana como una región donde todo es realidad, donde toda limitación ha desaparecido, donde la unidad es reconocida. Durante vuestra meditación, tratad de representároslo así. No podéis hacerlo más que por vía negativa. Vosotros preguntad: “¿Es fenomenal? No. ¿Es intelectual? No.” “Buscadlo eliminando lo que no es”. Entonces decid: “no es una cosa perceptible para los sentidos; ni susceptible de ser imaginada intelectualmente; ni siquiera la inteligencia iluminada, y sin embargo inmensa, puede alcanzarlo”. Y así, etc., etc.

Pero, se dirá, ¿por qué buscar por la vía negativa si habéis rozado la conciencia átmica? Hablando con franqueza, no es la conciencia átmica el despertar que se produce en vuestro cerebro, se trata de una débil vibración del aspecto manásico de atma, pero que difiere de toda otra vibración propia de la conciencia manásica. Las vibraciones, al tener su punto de partida en los planos superiores, difieren de aquellas que empiezan en el plano manásico. Al alcanzar la etapa más elevada del Sendero propiamente dicho —es decir, la cuarta o Camino del Arhat— una persona que medite

fuera del cuerpo puede pasar a samadhi y alcanzar en el nirvana la conciencia átmica.

C.W.L.— La triple división, repetida dos veces, de las maneras cómo hemos de buscar el camino y las leyes que les corresponden, es sugestiva y sin duda deseada. Al sumergirse en las profundidades de su ser interno, el hombre empieza a estudiar las leyes del ser —las leyes del plano más allá de todo lo que para nosotros es manifestación, es decir, el nirvana. Los planos superiores, evidentemente, siempre son planos de manifestación; e incluso lo que está más allá no constituye realmente lo no manifestado, si bien en nuestra etapa presente se nos aparece como tal. Sólo el estudio de las leyes del ser nos permitirá llegar al objeto buscado sumergiéndonos en las profundidades de nuestro ser, es decir, “rindiendo vasallaje a la vacilante estrella que arde en el interior”. Cuando busquemos el atma y lo tomemos como nuestro único guía, evidentemente, habremos alcanzado un grado de desarrollo muy elevado.

El análisis de toda experiencia corresponde al estudio de las leyes de la naturaleza o leyes del mundo fenomenal, aquellas que rigen los planos físico, astral y mental en las cuales se debate la personalidad. A continuación hemos de llegar a comprender la individualidad estudiando las leyes de lo sobrenatural, el plano búddhico y la región superior del plano mental, y que, evidentemente, significa aquellas regiones de los mundos en los que el ego, como a tal, se mueve; en otras palabras, las leyes del plano búddhico y la región superior del plano mental. Con el bien entendido de que no hay allí nada de sobrenatural y la palabra está tomada aquí seguramente en un sentido un poco técnico. A través de todos los planos, es la Vida una la que se expresa de diversas maneras; en el plano general ninguna violación de la ley y del or-

den natural. Es sólo cuando se alcanza una región superior a todas aquellas accesibles a nuestros sentidos físicos, astrales o mentales, cuando encontramos que hemos traspasado la naturaleza conocida de la mayoría de los hombres; allí operan leyes diferentes y más estudiadas. Yo creo que es en este sentido que el Chohan utiliza la palabra “sobrenatural”. Traspasando la esfera de estos sentidos, abordamos un campo superior al fenomenal; es lo que los griegos llamaban el mundo del nóumeno, origen y causa de los mundos fenomenales.

Este pasaje, pues, parece presentar el sentido siguiente: cuando habremos comprendido a fondo la personalidad, habremos captado las “leyes de la naturaleza”; cuando busquemos comprender la individualidad, tendremos que entendernos con las “leyes de lo sobrenatural”; finalmente, cuando lleguemos más lejos, y tratemos de comprender el átoma, estudiaremos las “leyes de la existencia”.

A estos niveles, las diferencias son bastante grandes para legitimar una clasificación parecida. En el plano físico, todo depende mucho de la forma, y esto sigue siendo verdad en los mundos astral y mental inferior. A nivel del cuerpo causal, si bien no es del todo exacto decir que no tengamos forma, éstas son por lo menos diferentes y más directas. El pensamiento del cuerpo causal se parece a un destello que choca con el objeto; en lugar de constituir una forma distinta e independiente, se trata simplemente de una efusión que va derecha al objeto, del impulso dado por el pensamiento.

Subamos todavía más: alcancemos en el plano búddhico una condición que, como ya he dicho, escapa a toda descripción. El pensamiento de cada persona tiene allí una pulsación de todo el plano, por más que cada persona en este nivel reúna en sí misma el pensamiento de todas las demás y, por así decirlo, se instruye y adquiere experiencia por ella mis-

ma. Renunciamos a elucidar demasiado el problema; es necesario limitarse a las indicaciones.

Es bueno dedicarse a comprender estas etapas superiores. No podemos llegar demasiado hasta ellas sin seguir el método señalado por los textos hindúes: y es siempre la negación. Estos textos no describen un estado de conciencia sino que eliminan gradualmente todo lo que ese estado no es. Después de lo cual, si llegamos a retener la quintaesencia del pensamiento relativo al objeto, nos acercamos un poco a lo que éste es en realidad.

Los seguidores del Buddha le preguntaban a menudo: “¿Qué es el nirvana?” O a veces: “¿Existe o no existe el nirvana?” Es decir, ¿hay o no hay una existencia? Un día el Buddha respondió: “El Nirvana es; sin ninguna duda existe, y sin embargo, si me preguntáis si es, yo sólo puedo decir que no se trata más de una manera de ser que de una manera de no ser, en el sentido que vosotros dais a estas palabras”. Es posible que ni siquiera Él mismo pudiera hacernos comprender, en nuestro plano, Su pensamiento. A nuestro modo, infinitamente más modesto, nosotros hacemos una experiencia análoga. Puedo asegurar que al adquirir la conciencia búddhica y servirse de ella, muchos de los puntos imposibles de elucidar se hacen perfectamente claros; por el contrario, cuando, aunque sólo sea por un instante, se pierde este estado de conciencia, resulta imposible expresar lo que se había comprendido. Todo esto no se explica con facilidad: tenemos la prueba de ello en el hecho de que el mismo Buddha, a pesar de su inmensa superioridad, no podía formularlo en términos comprensibles aquí abajo que no fuera por la vía de la negación.

CAPÍTULO X (LXVI)

NOTA DE LA REGLA 20

A.B.— El Maestro Hilarión añade a la Regla 20 la siguiente nota:

Búscalo probando toda experiencia, y recuerda que al decir esto no digo: “Cede a las seducciones de los sentidos para conocerlas”. Antes de convertirte en ocultista puedes hacerlo; pero no después. Una vez que hayas escogido el sendero y entrado en él, no puedes ceder sin desdoro a estas seducciones. Sin embargo, puedes experimentarlas sin horror: puedes observarlas, medirlas y analizarlas, y esperar con paciencia y confianza la hora en que dejarán de impresionarte.

En las primeras etapas de la evolución humana, el ego no está bastante desarrollado para distinguir entre el bien y el mal, pero desde el momento en que lo consigue, la moralidad empieza para él. Cuando, por ejemplo, empieza a comprender la diferencia entre la destrucción de la vida y su protección, la moralidad, en este orden de ideas, ha nacido para él. El tipo de experiencia que le enseña esta lección deja de ser útil. No obstante, si bien el hombre no tiene ya necesidad de practicarla, de cuando en cuando sufre todavía una pre-

sión de los sentidos que le impulsan a ésta o aquella mala acción y luego le hacen sufrir, porque se da cuenta de que ha actuado mal cediendo. Los pseudo-ocultistas sostienen que el hombre puede portarse mal a fin de ganar experiencia. Jamás esta opinión está justificada. Al cometer un acto antes de conocer el carácter reprehensible del mismo, el hombre adquiere una experiencia necesaria; pero desde el momento en que deja de ser ignorante al respecto, cada debilidad se convierte en una caída que genera necesariamente vivos sufrimientos.

La posibilidad de ceder a la presión de las circunstancias se prolonga durante muchas vidas. Incluso después de haber entrado en el Sendero, la lucha contra las exigencias de los sentidos continúa a menudo. Antes de poder progresar con rapidez, es necesario atravesar largas etapas de conflicto entre el deseo manifestado por los cuerpos astral y mental y, por otro lado, la seguridad de que, cediendo ante ello, se crea un obstáculo para la vida superior. En las etapas inferiores el combate se prolonga durante mucho tiempo, y cuando se repite a un nivel más elevado, determinado por las imágenes mentales asociadas a los deseos de los sentidos, las tentaciones se hacen más sutiles, porque la mente idealiza los objetos que perciben los sentidos, pone delicadeza en los impulsos más groseros y presenta los deseos bajo su aspecto más seductor. Después llega otra etapa en que el aspirante se encuentra en el Sendero propiamente dicho, porque, incluso en ese momento, la energía de las antiguas tentaciones se ha mantenido bastante viva para avasallarle. A eso es a lo que se refiere la nota del Maestro indicando al discípulo la manera de servirse de ellas; puede sopesar, observar, poner a prueba estas seducciones y esperar con paciencia el momento en que éstas dejen de afectarle.

Cuando el centro de conciencia, al haberse separado del

cuerpo de deseo, queda fijado en el plano manásico, de esto resulta un gran progreso. El hombre deja de identificarse con el cuerpo de deseo, pero lo considera como un simple vehículo cuyas vibraciones, sin embargo, todavía pueden afectarle, porque este cuerpo está animado de una vida propia y los caballos, podríamos decir, algunas veces se desenfrenan. Es la etapa de la que se habla en el *Kathopanishad*, en que los caballos, sujetos por la mano del que los conduce, avanzan tranquilamente, pero inclinados todavía a seguir su instinto de vez en cuando. El discípulo está prevenido por la excitación de los sentidos. Se trata de una etapa de mucha probación. La degradación sufrida hace experimentar a toda la naturaleza del hombre la humillación y el dolor; no puede ceder sin sufrir por ello. En el estado de conciencia normal, los sentidos no lo atraen; las tentaciones de los cuerpos, en realidad del cuerpo astral, no lo alcanzan. Sin embargo, en algunos momentos, los experimenta; la razón de ello es que el viejo molde del deseo no se ha roto y ha sido vivificado por una influencia externa. El canal no ha desaparecido aunque tienda a borrarse, y subsiste un peligro: es el peligro de que el canal se llene de golpe desde el exterior; entonces, la antigua forma de deseo vuelve a tomar vida. Las influencias astrales despiertan en ella vibraciones bastante fuertes para impresionar de nuevo la conciencia; abandonada a sí misma, ésta no podría afectarle, pero a veces el hombre se halla en un lugar, en un momento, o cerca de una persona que incitan fuertes influencias exteriores a vibrar en él y a despertar así esta antigua forma.

Es necesario decir que estas influencias llegan desde fuera, no de uno mismo. El discípulo debería comprender su naturaleza. Él las siente con vergüenza, humillación y repugnancia y no se le alcanza la causa. A esto respondemos que hay una etapa de evolución en la que se pueden sufrir las

seducciones llegadas de los sentidos, pero donde nada obliga a sucumbir a ellas. Entonces, el hombre prescinde de ellas y les dice: "Os siento; os calibro, pero me niego a dejarme conmovir". Ese es el sentido de este pasaje del *Kathopanishad* donde se dice que el hombre ha llegado al punto en que es capaz de sujetar sus caballos con una sola mano firme. A partir de entonces los sentidos se someten a él. Por lo que se refiere a las tentaciones ofrecidas por los sentidos, es la última lección y cuando ésta ya ha sido aprendida, los sentidos han perdido para siempre su influencia sobre el hombre; nunca más le afectarán; ha librado con ellos un último combate, después el alma se siente libre.

Cuando llega el momento de esta lucha, y este momento le llega a cada uno, siguiendo a la transferencia del centro de conciencia al plano manásico, es en extremo útil comprender su naturaleza, conocer el método a seguir y poder decir: "Esto no soy yo, sino únicamente una vibración de la naturaleza inferior y que va dirigida contra mí; reniego de ella; he aquí mi respuesta". Desde el momento en que la habéis repudiado, el sentimiento de horror desaparece; os negáis a sentir su influencia. Después de lo cual podéis examinaros a vosotros mismos a fin de constatar a qué parte de vuestra naturaleza se ataca. Finalmente, podéis esperar con paciencia el momento en que dejaréis de sentirla. Confiando en la ley, esperaréis tranquilamente. Muy pronto las vibraciones se hacen imposibles y los sentidos son incapaces de despertar en vosotros ninguna reacción. Os decís: "Voy a esperar con paciencia el momento en que dejaré de sentir eso; es una forma antigua reanimada; se va a desintegrar y se desvanecerá". El único partido a tomar consiste en esperar así —tal vez durante meses o incluso durante años. Después, sois un vencedor; el molde se ha roto. Al mostraros pacientes, le habéis asestado un último golpe; nunca más tendrá poder

sobre vosotros, a menos que no le deis la espalda a la meta, y eso parece imposible.

Esta experiencia presenta otra ventaja; mientras que no la hayáis pasado, no podéis ayudar a la persona que se rinde. No podéis ayudar a ningún ser humano antes de situaros por encima de él pero, al mismo tiempo, no podéis levantar a nadie a menos que comprendáis lo que esa persona siente. En una determinada etapa, al estar vosotros mismos en brazos del deseo, sois incapaces de ayudar a las personas que se encuentran en la misma difícil situación. Más tarde, vosotros os zafáis. Rechazando el deseo llegáis a un punto en que no podéis comprender por qué otra persona se deja tentar; no comprendéis sus sentimientos y no podéis ayudarla; podéis mostrarle el mal pero no podéis proporcionarle ayuda espiritual. No podéis proyectar en él vuestra fuerza porque sois ajenos a él, y vuestros sentimientos, al no ir vuestros sentimientos al unísono con los de él, el horror se apodera de vosotros. Este horror os convierte en inútiles. Es imposible ayudar jamás a una persona que despierta en vosotros repulsión; en este caso, es mejor dejarla. Para ayudarla, es necesario *compartir* sus sentimientos.

Incluso compartiéndolos, no podéis ayudar a una persona que se rodea de un muro; en este caso, por el momento, más vale dejarla sola, porque toda ayuda exterior es inútil. Si se tercia que tenéis que renunciar a ayudar a una persona en el plano físico, nada os impide ayudarla internamente; esto exige más valor que la ayuda externa. Dar consejos y advertir es mucho más agradable y, para la naturaleza inferior, mucho más lisonjero que proporcionar una ayuda interior e invisible.

Por otro lado, si vais a ayudar a alguien, ayudadle, por más que otra persona lo juzgue indigno o que vosotros le

ayudéis sin él saberlo. H.P.B. a veces se veía condenada por sus propios discípulos; se expresaban a su modo en términos severos, pero, buena y valiente, ella no les reprendía y continuaba ayudándoles internamente, sin preocuparse por su opinión. La ayuda interior termina por vencer la oposición. ¿Habéis llegado a sentir por otras personas, tal vez incluso por vuestro mismo instructor, el antagonismo o la antipatía intelectual? ¿Los habéis criticado? Habéis creído en la existencia de un muro —*el suyo*— pero más tarde os dais cuenta de que este muro es ilusión y que vosotros mismos lo habéis creado en el plano mental. En el curso de esta etapa, hemos levantado muchos muros que nos han hecho sufrir hasta el día en que los hemos derrumbado.

Queda una etapa más elevada, difícil de describir. Algunos hombres aseguran la unión entre los Grandes Seres y el colectivo de la humanidad. Como se dijo de Jesús, sienten los sufrimientos y las tentaciones humanas y sin embargo no pecan. Es el estado en que el cuerpo de deseo es absolutamente puro; toda materia muerta ha sido eliminada; sólo subsiste la facultad de reflejar las imágenes; el hombre es incapaz de pecar.

Si no existieran personas así, no existiría ningún lazo entre la humanidad y los Grandes Seres, pero Ellos mantienen ese lazo y, aunque su pureza sea perfecta, sienten en sí mismos el sufrimiento de los demás. Esta etapa precede inmediatamente a la del Maestro; es la última etapa del Arhat. Un Maestro es inaccesible al sufrimiento, dada la condición perfecta de Su conciencia; sin sufrir, Él puede evocar las experiencias de otro tiempo; para Él, la experiencia es una imagen perfecta e indolora. Pero en el período final de su etapa precedente, si bien el hombre no puede pecar y la personalidad es pura, el recuerdo de la experiencia no está exenta de sufrimiento.

En las obras exotéricas, esta etapa se confunde a veces con la de los Maestros a los cuales se les atribuye la sensación de sufrimiento. Es en la etapa precedente que se sufre, aquella etapa en la que los Arhats participan del trabajo del Maestro y en que el sufrimiento todavía hace mella en ellos. El Maestro está por encima de todo sufrimiento. Los Arhats toman parte en la construcción del “muro protector”, pero lo construyen con dolor. A menudo se aplica al Maestro lo que en realidad sólo pertenece a los discípulos adelantados, todavía en la etapa en que, libres de pecado, han conservado la facultad de sufrir.

En un grado inferior, por medio de la comprensión podemos unirnos a nuestros amigos hasta el punto de perder todo sentimiento de diferenciación. Una comprensión tan profunda hace sufrir. Mientras no se haya pasado *ahamkara*, la comprensión y el sufrimiento son inseparables. Si abandonamos esta etapa demasiado pronto, perdemos nuestro poder de comprensión; es una de las tentaciones sufridas en el Sendero. Grandes Seres retroceden, incluso cuando han llegado a la última etapa, porque si pierden completamente la facultad de sufrir, también pierden la comprensión; ahora bien, si la comprensión no es perfecta, el muro de separación no ha sido derribado.

Pero no condenes al hombre que sucumbe; tiéndele la mano como a un peregrino hermano cuyos pies se han vuelto pesados por el fango. Recuerda, ¡oh discípulo!, que por grande que sea el abismo que existe entre el hombre virtuoso y el pecador, mayor es el que existe entre el hombre virtuoso y aquel que ha obtenido el conocimiento; ...y que es inconmensurable entre el hombre virtuoso y el que se encuentra en los umbrales de la divinidad. Por tanto, guárdate de imaginar antes de tiempo que

tú eres algo aparte de la mayoría.

A.B.— Aquí se nos dice que no hemos de condenar al hombre que cede a la tentación. Después de haber pasado la etapa de la probación, ciertamente, no condenaréis a nadie. Cuando, habiendo abandonado detrás vuestro las tentaciones, recordaréis el tiempo en que todavía las sentíais, no condenaréis al hombre que sucumbe.

La diferencia entre el hombre virtuoso y el hombre vicioso es relativamente pequeña; uno y otro tienen que luchar en las primeras etapas; de un lado o del otro la diferencia es mínima. Por el contrario, el hombre, después de haber adquirido instrucción y haber comprendido lo que significan la virtud y el vicio, ha realizado un enorme progreso. Cuando en la virtud y en el vicio ve tan sólo un par de opuestos, se ha elevado por encima del conocimiento; está en el umbral de la divinidad y la diferencia es inconmensurable. Aquí se nos previene de que si nos imaginamos demasiado pronto que somos independientes de la mayoría, nos sentiremos inclinados a menospreciar a nuestros inferiores y de ello se derivará nuestra caída. Una persona que llegue a la divinidad no se siente superior a nadie; sabe compartir las impresiones de cada uno; está unida al más humilde.

Cuando hayas encontrado el principio del Camino, la estrella de tu alma dejará ver su luz, y a esa luz advertirás cuán grande es la oscuridad en medio de la cual brilla. La mente, el corazón, el cerebro, todo está oscuro y en tinieblas, hasta que se ha ganado la primera batalla. Pero no te dejes apabullar ni asustar por la visión; mantén tus ojos fijos en la pequeña luz, y ésta irá aumentando. Pero que estas tinieblas, en ti mismo, te ayuden a comprender la desolación de aquellos que no han

visto luz alguna, y cuyas almas están sumidas en profundo desaliento.

A.B.— Cuando, elevando nuestra mirada hacia la región de Atma, veneremos la luz interior, veremos que esta luz va aumentando en intensidad. Al percibirla por primera vez, un despertar de conciencia os hará percibir la oscuridad que rodea su llama; el contraste os lo indica; es, pues, gracias a esta oscuridad interior que llegaréis a comprender la impotencia de aquellos que no han visto ninguna luz. Es para ellos que es necesaria la verdadera compasión. No hay motivo de sufrimiento para nuestros semejantes a partir del momento en que conocen la existencia de la luz. La compasión es necesaria para los hombres que, ignorando que están en la oscuridad, están absorbidos en las cosas insignificantes, mientras piensan que son sabios. Su oscuridad es tan profunda que, literalmente, desconocen lo que les hace sufrir tanto; a ellos es a los que los Grandes Seres envían su compasión.

Aquellos que han percibido tan sólo un rayo de luz, realizan progresos en cosas que la gente del mundo ni siquiera han sospechado. Desde el momento en que se percibe la luz, esta clase de compasión resulta inútil. Si se ve a un hombre que sufre en esta situación, es que pronto habrá derribado el muro y se siente feliz de poder hacerlo.

C.W.L.— Cuando llega a conocerse la existencia del alma, constatamos la gran realidad de la que la gran mayoría de los hombres no sabe nada. La mayor parte de las personas—incluso aquellas que se dicen religiosas— no están seguras de la existencia del alma y viven exclusivamente desde la visión de este mundo de aquí abajo; en teoría, tal vez crean en la inmortalidad del alma, pero para ellos las cosas de este

mundo tienen más importancia y no se dejan guiar por su creencia más que en ocasiones relativamente escasas.

Para que “la estrella del alma” aparezca, ante todo hemos de estar seguros de la existencia del alma; hemos de saber que ella está en nosotros. Cuando, depositando nuestro afecto en las cosas de lo alto, descubrimos en nosotros mismos algunas verdades, y que nada puede hacer tambalear en nosotros su realidad, la estrella empieza a mostrar su luz o su pálido reflejo. Esta débil luminosidad nos permite ver lo profundo de nuestra ignorancia pasada e incluso presente; he aquí la primera sensación que se siente al adquirir un poco más de conocimiento.

“La primera gran batalla” es la de los sentidos. En el combate que, incesantemente, libra con ellos, el hombre se ha rebelado contra su naturaleza inferior y ha alcanzado la victoria. Cuando aparece la luz podemos distinguir las tinieblas en las que hemos estado inmersos; comprendemos que todas nuestras acciones e incluso todos nuestros afectos han estado faltos de la dirección que sólo les confiere la realidad. Esta débil luz nos da la impresión de estar irremediablemente sumergidos en el error; nos hace sentir nuestra impotencia, pero todo eso no tiene que asustarnos.

No les censures, no huyas de ellos, sino procura aligerar algo del pesado karma del mundo; presta tu ayuda a los pocos brazos vigorosos que impiden a los poderes de la oscuridad que consigan una completa victoria.

C.W.L.— Evitemos aquí todo menosprecio. Los “pocos brazos vigorosos” son los Miembros de la Gran Fraternidad Blanca. El combate no se libra con el diablo, según la expresión de los cristianos; tampoco es necesario ver en los magos

negros los detentadores de las fuerzas perversas. Hay que interpretar aquí por “los poderes de la oscuridad” la fuerza abrumadora de la materia. Para vencerlos, es necesaria nuestra colaboración; ésta constituye un factor previsto y forma parte del plan general.

Por el momento, los “vigorosos brazos” que ayudan son poco numerosos porque la evolución humana ha dado hasta aquí muy pocos Adeptos. El plan del Logos tiene como base el siguiente principio: los hombres que han llegado a comprender colaborarán de inmediato en él. Un hecho nos proporciona la prueba. Hasta la mitad de la cuarta raza-raíz e incluso un poco más tarde, todas las grandes funciones que se refieren a la evolución del mundo fueron ejercidas por seres que no pertenecían a nuestra humanidad. Los unos descendieron hasta nosotros desde Venus, otros de la Luna; eran grandes Adeptos completamente liberados que hubieran podido pasar definitivamente a los reinos superiores. Pero a partir del momento en que nuestra evolución llegó a mitad de camino, la humanidad tuvo que encontrar en sí misma sus propios Instructores, de los cuales el primero fue nuestro Señor Gautama, el Buddha. Es indudable que no sólo tuvimos que abastecernos de grandes Dignatarios, como el Buddha, y el Cristo, sino que también todos hemos de convertirnos, en nuestro nivel inferior, en colaboradores inteligentes que se apliquen lo mejor posible a apresurar la evolución.

Entra, pues, a participar en la alegría que, indudablemente, aporta fatigas y una profunda tristeza, pero también un manantial de incesantes satisfacciones.

A.B.— Estas palabras significan que si ahora nos encontramos en relación con Aquellos cuya vida es beatitud, la

tristeza todavía sigue existiendo para nosotros, porque somos conscientes de las tinieblas que rodean a la humanidad. Pensando en los demás, estáis tristes porque todavía no habéis llegado al punto en que podáis decir: "Si, esto está bien". En esta etapa y relacionado con el placer y el dolor, nace un sentimiento sutil que no existe en el mundo inferior. Mientras la luz no se ha convertido en perfectamente clara, vuestra sensibilidad ha ido aumentando, porque la luz hace comprender la oscuridad. Sin embargo, al conocer la ley, nuestro gozo aumentará. ¿Qué estoy diciendo? Ningún ser es realmente desgraciado en el fondo de sí mismo, porque todos formamos parte de la vida divina que es la beatitud misma. Cuanto más progresa el discípulo, más accesibles son para él estas profundidades; finalmente, según los términos expresados en el *Gitâ*, se da cuenta de que se aflige innecesariamente por los demás y que el sabio no se aflige ni por los vivos ni por los muertos. ¿Por qué entristecerse por un ser esencialmente feliz?

El discípulo entra en una asociación de gozo, pero esta misma asociación le impone una tarea, y también le imbuye una profunda tristeza, porque oscila entre estas dos condiciones. Tiene que aprender a disfrutar del gozo interior sin perder sin embargo el contacto con los principios inferiores de sus semejantes, principios en los cuales su aflicción se hace sentir. También eso tiene que sentirlo, pero sin dejarse abrumar. El Sendero es estrecho como el filo de una navaja, pero hemos de mantenernos en él con un equilibrio perfecto. El discípulo se inclina ahora de un lado, ahora de otro; cuando llega la oscuridad, el Gurú hace que nazca en él el recuerdo de la asociación de gozo; cuando el discípulo muestra una tendencia a desasirse completamente de los sufrimientos humanos, el recuerdo de la tristeza regresa a su vez a él.

El discípulo permanece durante largo tiempo sujeto a es-

tas oscilaciones. No podríamos alcanzar la perfección si, antes de conseguir el equilibrio, no realizáramos sucesivamente cada experiencia. La experiencia impuesta a la humanidad es la de no aprender más que una lección cada vez, a fin de dedicarle toda la atención posible. El discípulo que sigue el Sendero es zarandeado de un lado a otro mientras no ha aprendido a mantener el equilibrio. A veces, y sin razón alguna, una sombra desciende sobre él y lo envuelve; incapaz de descubrir la causa, todo lo que sabe es que la sombra está ahí y que él no puede soslayarla; si ha aprendido bien la lección, aceptará la prueba con calma y paciencia, sin voluntad de escapar a ella; la prueba le enseñará la comprensión y la paciencia y más lecciones todavía, que no se aprenden en la luz, sino en la oscuridad. Aceptado con este espíritu, el período sombrío no es tan mal acogido, porque no implica ya ni inquietud ni desazón. Deberíamos aprender estas lecciones, pero sin sufrir. Son las imágenes, más que las tinieblas, las que nos hacen sufrir. Como un niño que tiene miedo de la oscuridad, llenamos de formas horribles las tinieblas del alma. La oscuridad es la oscuridad, y nada más; encierra únicamente las lecciones que tiene que darnos y, con el tiempo, todos los fantasmas desaparecerán. Es imposible que sucumbamos nunca a la oscuridad; primero ésta nos paraliza asustándonos, pero finalmente sacamos provecho de sus lecciones.

En la última Iniciación, la del Maestro, el alma aparece como una clara luminosidad, como una estrella y cuando resplandece, en el momento en que finalmente se derrumba el muro, se convierte en la luz infinita. A partir de entonces, el Arhat puede sentir muy bien la paz subyacente del alma cuando se encuentra en una disposición meditativa, pero constantemente vuelve a la tristeza. Más tarde, cuando un hombre se eleva en plena conciencia hasta el plano del alma

y cuando la conciencia búddhica se sumerge en atma, sólo es visible una sola luz. *La Voz del Silencio* lo dice en términos admirables: “Los Tres que moran en la gloria y la beatitud inefables han perdido ahora su nombre en el mundo de Maya. Se han convertido en una sola estrella, el fuego que brilla sin consumirse, este fuego que es el Upadhi de la Llama.”

En el cuerpo causal el hombre veía separadamente los Sagrados Tres; ahora los ve como los tres aspecto del triple Atma, Buddhi y Manas, que eran “como mellizos” para la Conciencia búddhica de la etapa precedente, están ahora unidos a Atma, la estrella que brilla en el espacio, el vehículo de fuego de la llama monádica. El Instructor dice entonces: “¿Dónde está tu individualidad, oh Lanú, dónde está el Lanú mismo? Es la chispa perdida en el fuego, la gota en el océano, el rayo siempre presente transformado en la Radiación universal y eterna”. El discípulo se ha convertido en Maestro. Está en el centro y de él irradia el triple atma.

C.W.L.— Entráis en una asociación de gozo, pero ésta impone una tarea terrible y de profunda tristeza, dice la nota del Maestro. Todo eso es verdad, pero también es verdad que el gozo siempre en aumento equilibra a la tristeza.

Todo estudiante cuyas facultades han alcanzado su desarrollo completo, hipotéticamente, es un hombre dotado de comprensión; también él tiene que atravesar una fase de tristeza y casi de desesperación, a la vista de todas las aflicciones y de todos los sufrimientos que le rodean. Como los hombres no están todavía muy evolucionados ni son razonables, el dolor, la pesadumbre, la cólera, el odio, los celos, la envidia y otros sentimientos por el estilo ocupan un lugar mucho mayor que las virtudes superiores; de ahí el predominio de vibraciones penosas generadas por la humanidad. En el mundo astral esto se pone de manifiesto; además, toda per-

sona astralmente muy desarrollada percibe al mismo tiempo las tristezas y las penas de aquí abajo, tal vez vagamente, pero como una carga que no deja de pesar en su alma. Además, sucede con mucha frecuencia que los casos individuales de tristeza y de pesadumbre astrales se imponen igualmente y con fuerza a su atención. Finalmente, toda catástrofe que, para numerosas personas es causa de una suma considerable de pesares, repercute nítidamente en la atmósfera astral del mundo.

Esta pesadumbre, el estudiante tiene que aprender a soportarla sin verse abrumado por ella; eso lleva mucho tiempo. Gradualmente, adquiere un juicio más penetrante; finalmente empieza a comprobar que todas las penas son necesarias, dadas las condiciones creadas por los mismos hombres, cuyo sufrimiento es el resultado inevitable de su indiferencia y de su negligencia extremas; con un poco menos de indiferencia, hubieran evitado una gran parte del mismo. Como ya he señalado, el verdadero sufrimiento debido al Karma de nuestras vidas anteriores representa tal vez la décima parte de los sufrimientos que nos alcanzan; las otras nueve décimas partes son el resultado de nuestra propia actitud negativa, aquí y ahora, en la vida presente. A este respecto, hay una cantidad enorme de sufrimientos absolutamente inútiles. Por el contrario, mientras los hombres persistan en tomar una actitud equivocada, pensando en actuar neciamente, tienen que sufrir; es la ley eterna. Indirectamente, esto es por su bien, porque el sufrimiento despierta en ellos el sentimiento de su propia aberración. Es lamentable que tengan necesidad de tantas advertencias; que no puedan adelantar sin más tardanza y que no modifiquen su actitud; ¡cuántos sufrimientos se evitarían!

Para todos nosotros, que hemos estudiado el tema, todo eso parece muy fácil de entender; así pues, mantengo la es-

peranza —muy legítima, según creo— de que el sufrimiento humano disminuirá muy rápido cuando una minoría lo suficientemente fuerte adopte el punto de vista del sentido común. Los hombres terminarán por comprender que son ellos los autores de sus propios males y llegará un momento en que se abstendrán de todo lo que es indeseable, animados por el simple buen sentido. Los miembros de la Sociedad Teosófica tendrían que dar ejemplo al mundo con una actitud teosófica respecto a la vida, pero muchos de ellos, a pesar de conocer estas verdades, hallan difícil ponerlas en práctica. Es muy natural; sin embargo, puede pensarse que muchos de los miembros podrían adoptar un poco más rápidamente las nuevas ideas; además, es verdad que las ideas de este tipo se propagan con una clara rapidez. Un hombre que exprese una idea puede causar una determinada impresión; diez hombres impresionarían diez veces más, y más aún; cien hombres harían infinitamente más que centuplicar la idea producida por un hombre solo, a menos que se tratara de un genio excepcional. Nuestra Sociedad cuenta con unos treinta mil miembros; si todos adoptáramos este modo filosófico y superior de considerar la vida, evitando así con toda seguridad muchos sufrimientos, yo creo que constituiríamos un poderoso y remarcable ejemplo. De esa guisa podríamos ayudar a una multitud de gente a quienes el lado superior de la existencia todavía les es desconocido.

Cuando para nosotros nace la convicción de que todo lo que llega es invariablemente lo mejor —quiero decir teniendo en cuenta las circunstancias y el interior de cada uno— nuestra tristeza cambia de naturaleza. Nuestra comprensión de los demás es la misma, pero sus sufrimientos dejan de abrumarnos; sufrimos por ellos sin compartir sus sentimientos. Los Maestros sienten una profunda comprensión por los hombres que sufren, pero no podemos decir que com-

partan este sufrimiento; Su conocimiento se lo impide. Repito: un Maestro jamás está triste, ni deprimido. Sin embargo, a veces me ha parecido que, con relación a las personas, podían sufrir alguna contrariedad en Sí mismos. Tal vez es decir demasiado, pero sé muy bien que Ellos dedican el máximo esfuerzo a determinados objetivos, y que si estos objetivos se les escapan, la causa es el desfallecimiento de Sus instrumentos. Ignoro si, desde un principio, Ellos sabían que estos esfuerzos iban a ser en vano. Tengo la sensación de que, en muchos casos, Ellos lo saben, pero sin embargo actúan absolutamente como si esperaran verlos fructificar. He aquí un ejemplo. Antes de la Gran Guerra, se realizaron grandes esfuerzos con el fin de impedirla; fracasaron; si los Adeptos que los llevaron a cabo ya lo habían previsto desde el principio, lo ignoro; trabajaron como si contaran con el éxito.

Madame Blavatsky, en muchos casos, ofreció a las personas de su entorno oportunidades parecidas; a menudo se preocupaba muchísimo para que las aprovecharan, pero sabiendo desde el principio que no harían nada. Recuerdo que un día recibió a unas personas que querían informarse; su incapacidad para toda clase de estudio y para todo trabajo teosófico me parecieron evidentes porque, con su mentalidad de entonces, no hubieran alcanzado ningún provecho; ahora bien, ella atendió a esos extraños, independientemente de quienes eran, y les habló de proyectos de orden completamente íntimo que ella esperaba llevar a buen fin en la Sociedad. Sus oyentes se reían y no parecían ser dignos en absoluto de esas confidencias. Después de su marcha, la condesa Wachtmeister preguntó: "Madame, ¿por qué decirles todo eso? Parece seguro que no son personas con las que se pueda contar". Madame Blavatsky respondió: "I bien querida, el Karma les ha conducido hasta mí; es necesario que yo les

facilite una oportunidad y que haga por ellos lo mejor que pueda” Ella pensó que haciéndoles partícipes, hasta cierto punto, de su confianza, les facilitaba una ocasión que podían aprovechar. Yo ignoro, mientras que ella lo sabía, hasta qué punto, en el fondo, ellos estaban preparados para aprovechar esta ocasión, pero su actitud exterior era la de una presunta ironía. Nunca más tuvimos noticias suyas, aunque se les presentó la ocasión; alguna razón kármica les deparó esta oportunidad y si no la aprovecharon entonces, tal vez la aprovecharán un poco mejor cuando se les vuelva a presentar una ocasión parecida.

Madame Blavatsky, en esta circunstancia, aplica estrictamente el principio de que no hay que censurar a las personas que están en la oscuridad; cuanto más satisfechos estaban ellos de sí mismos, más se lamentaba ella por ellos. Siempre es inútil censurar a una persona por su actitud habitual, porque es su grado de adelanto; está allí donde está. Si cae por debajo del nivel medio, podemos muy bien decirle: “Sabes, esto está mal; no deberías hacer eso”; y tal vez de esa manera la ayudaríamos a no repetir. Pero el nivel habitual de un hombre muestra en qué punto se encuentra de su evolución, y si este hombre fuera de los más atrasados, censurarle no sería provechoso para él; también sería irrazonable reprocharle a un niño de cinco años el no tener diez.

Por otro lado, estas mismas personas que a menudo dan muestra de las características menos agradables, virtualmente, poseen elevadas y nobles cualidades, y éstas a veces se manifiestan de golpe ante una circunstancia crítica. Ya lo he dicho: hay personas cuya vida diaria es seguramente muy poco relevante y que, en ocasiones excepcionales, pueden hacer gala de tanto altruismo que son capaces de sacrificar su existencia por un camarada. En el hombre siempre reside el dios, y el dios se muestra a veces cuando uno menos lo

espera. Como sea que él está presente, siempre podemos recurrir a él; lograrlo no siempre es posible, porque se encuentra en lo más profundo de nosotros mismos, pero en la mayoría de los casos, de un modo u otro, podemos percibirlo.

El espectáculo del sufrimiento humano nos impone igualmente —nos dice este aforismo— una terrible tarea. Al haber constatado el atrasado estado y la miseria de tantos seres humanos, ¿cómo no aplicarnos sin parar a ponerle remedio? Es lo único que hay que hacer. Es imposible regresar al mundo sin inquietarnos por el sufrimiento y el dolor que en él reinan, después de haberlos sufrido realmente, aunque sea tan sólo una vez. Sin embargo, esta tarea es inseparable de un gozo extremo y siempre en aumento; lo debemos al reconocimiento de la ley; observamos la razón del sufrimiento y el bien que de él tiene que derivarse. Anotad estas palabras: “Entra, pues, a participar de una asociación de gozo”. He aquí, en toda su belleza, esta vida superior. Nos asociamos con Seres más grandes que nosotros. Sentimos que trabajamos para Ellos y con Ellos, y solamente eso, ya es un gozo tan grande que nos proporciona la fuerza necesaria para cumplir un trabajo que, de otro modo no nos sentiríamos capaces de hacer.

CAPÍTULO XI (LXVII)

REGLA 21

21. Busca la flor que se abre en el silencio que sigue a la tormenta; y no antes.

La flor crecerá, se desarrollará, echará brotes y hojas y formará capullos en tanto que la tempestad continúa, mientras dura el combate. Pero hasta que toda la personalidad del hombre se ha disuelto y desvanecido, hasta que se ha adherido al divino fragmento que la ha creado, como mero sujeto de ensayo y experiencia, hasta que la naturaleza entera no esté vencida y se haya convertido en el sujeto de su Yo superior, la flor no puede abrirse. Entonces llegará la calma, como llega en los países tropicales después de una lluvia torrencial, cuando la Naturaleza opera con tanta rapidez que puede verse su acción. Una calma así alcanzará al espíritu fatigado. Y en el profundo silencio tendrá lugar el misterioso suceso que probará que se ha encontrado el camino. Llámesele como se quiera, es una voz que habla donde no hay nadie que ha-

ble —es un mensajero que llega, un mensajero sin forma ni substancia; o bien, es la flor del alma que se ha abierto. No hay metáfora que pueda describirlo. Pero puede sentirse, buscarse y desearse, incluso en medio de la furia de la tormenta.

C.W.L.— El abrirse de la flor es el desarrollo, la apertura del alma. Aquello que la tristeza y el sufrimiento de aquí abajo tienen de más penoso es darnos cuenta del sentimiento de nuestra impotencia. Vemos a personas que realizan esfuerzos de todo tipo pero que, a menudo, están persuadidos de que están destinados al fracaso. Ellos dicen, “Se asegura que algunos hacen rápidos progresos. Yo no tengo la misma suerte”. Su ignorancia les impide esperar. El desarrollo del alma hace imposible el sentimiento que ellos tienen, porque entonces nosotros lo sabemos. Todavía nos aguardan luchas, penas, dificultades, pero tenemos la certeza de que, como almas, somos invencibles.

Como dice nuestro texto, es en el silencio y en la calma cuando el alma crece. Se afirma, y a menudo según mi parecer, con demasiada insistencia, que el alma crece por el sufrimiento. Expresada de esta manera, la idea no es totalmente cierta. Cometiendo y luego corrigiendo sus faltas, el alma aprende a desarrollarse. Los sufrimientos siempre son consecuencia de las faltas; aunque, lo repito, el desarrollo no ocurre en período punible, sino después. Un enfermo puede encontrarse mejor después de haber sufrido una operación de cirugía, pero la mejoría no se produce en el mismo curso de la operación. Igualmente, las personas embargadas por la angustia ante toda clase de terribles dificultades, no se desarrollan más pero, según la manera en que soportan estas dificultades, pueden aprender a desarrollarse después de

haberlas superado. Es en el silencio y después de la tempestad, que se abre la flor. Las plantas pueden adquirir sin duda más fortaleza aguantando la tempestad, pero el crecimiento no es posible para ellas más que cuando renace la calma. Es necesario pasar por el tumulto de la batalla antes de disfrutar la recompensa del vencedor; el desarrollo real del alma es, al mismo tiempo, la tranquila seguridad que nada, en lo sucesivo, romperá jamás.

Esta seguridad respecto a las cosas de lo alto, todo el mundo, con un sola voz, puede decirse que la reclama. El deseo es tan vivo que el primer charlatán que llega declarando que posee el conocimiento directo, puede estar seguro de que encontrará sus seguidores. Todo instructor convencido atrae a las personas, porque las religiones de este mundo están muy lejos de haberles proporcionado ninguna verdadera satisfacción. El punto débil de la mayoría de las doctrinas religiosas es, en todos los casos, no explicar nada; anuncian la ley —una ley perfecta— como “No matarás”, pero sin explicar en detalle el por qué eso está mal. Por ejemplo, si se trata de la cólera y de los malos pensamientos, no se enseña nada respecto al mal causado por ellos, aunque esta cólera no se manifieste ni en palabras ni en actos. Sin embargo, el Cristo se expresó muy claramente sobre estas cosas. Tal como dijo en términos enérgicos, sobre el séptimo mandamiento, el hombre que envía pensamientos deshonestos a una mujer ya ha pecado en su corazón; sólo que ignoramos si Él explicó alguna vez la manera en que opera la forma de pensamiento, lo cual hubiera hecho mucho más comprensible Su enseñanza sobre este punto.

El primer paso a realizar, si se quiere adquirir una seguridad relativamente directa sobre las verdades espirituales y super-físicas, es también el primer paso del progreso oculto; hay que anular la personalidad; después de lo cual llega en

seguida la paz y entonces descubrimos que, sin saberlo, vivíamos en una atmósfera de serenidad. Al haber levantado a nuestro alrededor una pequeña borrasca, no teníamos paz, si bien algunos de nuestros semejantes podían disfrutarla ininterrumpidamente. Cuando adquirimos esta facultad del alma, esta seguridad, todo parece cambiado porque nos hemos liberado de la sensación de que todo esfuerzo es inútil. Nuestra fe, por sí sola, puede faltarnos en un momento crítico porque el motivo de creer que nos satisfizo en un momento dado, no siempre nos satisface en otro, por ejemplo en una hora de máxima tensión. Esta seguridad satisface siempre. Desde el momento en que hemos visto y hemos constatado personalmente, aunque esta visión y este conocimiento, nos hayan abandonado y no podamos ya sujetarnos a ellos, siempre nos es posible decir: "He visto; he sabido; ver y saber me resultan imposibles en este momento, pero he visto, he sabido" y esta seguridad nos lleva hacia adelante.

Después de haber realizado esta experiencia directa, nos resulta muy difícil imaginarnos nuestra condición anterior, porque el modo de considerar todas las cosas de aquí abajo ha cambiado radicalmente. Para nosotros, esos acontecimientos que anteriormente nos parecían muy importantes, ahora lo son mucho menos. Conocemos la grande, la profunda verdad; conocemos la única vida que importa; la inconsecuente vida exterior se ha situado pues en el lugar que le corresponde. sin embargo, no lo olvidemos: la mayoría de la gente con las que nos encontramos están todavía en el punto en el que nosotros mismos estábamos antes de esta expansión de conciencia, y siempre es fácil dejar de ser comprensivos al respecto, porque ellos van en pos de fuegos fatuos. Olvidamos que tan sólo ayer, nosotros hacíamos lo mismo.

El silencio puede durar sólo un momento o bien

prolongarse un millar de años. Pero tendrá un fin. Sin embargo, llevarás su fuerza contigo. Una y otra vez la batalla tiene que librarse y ganarse. La naturaleza sólo puede permanecer tranquila durante un intervalo.

El momento preciso del desarrollo completo puede situarse en toda época de la vida humana. En otras palabras, cuando para el alma llega ese momento, su desarrollo tiene lugar, tanto que esté en posesión de un cuerpo físico como no. Aquí, en el plano físico, el silencio no puede durar más que un instante o muy poco tiempo, pero muy bien puede durar mil años si el hombre se encuentra en el mundo celestial. Llega para cada uno y es para siempre. Pero el silencio de la naturaleza no puede durar más que un momento, porque la evolución prosigue sin descanso; en la inmovilidad no hay evolución. Se ha dicho que en ocultismo, nada permanece fijo; o bien uno retrocede, o bien avanza. No sé si realmente es así, pero es muy cierto que un hombre que no adelanta tiene que estudiarse a sí mismo y tratar de hallar la razón. El progreso tiene que ser sostenido e incesante.

Hemos llegado a la nota añadida por el Maestro Hilarión a la Regla 21.

El abrirse de la flor es el glorioso momento en que despierta la percepción: con ello llega la confianza, el conocimiento y la seguridad. La pausa del alma es el momento de asombro, y el siguiente momento de satisfacción —eso es el silencio.

El abrirse de la flor se hace gradualmente. Entonces, aunque el capullo esté todavía herméticamente cerrado, se va hinchando poco a poco bajo la acción del sol y de la lluvia y bajo las mil influencias que soporta. En sí, el abrirse es bas-

tante brusco, pero el crecimiento es continuo. A partir de ahí el desarrollo sigue su curso; seguirá igual en adelante. Tomemos otra analogía: el polluelo se ha desarrollado en el huevo; ha roto la cáscara y continúa creciendo; en un momento dado, ante nuestros ojos, el rompimiento de la cáscara marca un momento estelar, aunque en realidad forme parte de un desarrollo continuo. Lo mismo pasa con el crecimiento del alma.

Este párrafo se refiere también a una etapa particular en la vida del discípulo: describe los sentimientos del hombre cuando en la Iniciación se le muestra la primera gran verdad. Uno llega a creer que las ideas conferidas por la Iniciación serán numerosas y diversas. No violo ninguna promesa diciendo que las grandes verdades no se dan todas al mismo tiempo. A cada etapa le corresponde la comunicación de un solo hecho —hecho que, a los ojos del hombre, transforma la faz de la tierra, igual como el conocimiento de la reencarnación, y del Karma ha transformado nuestras vidas. Podría pensarse que en presencia de una nueva realidad, sería necesario para el Iniciado que la verificara y adaptara a ella su vida. No es nada de eso. Desde el momento en que el hombre posee la verdad la reconoce como a tal; no tiene necesidad de ninguna prueba. Después llega para él el momento del asombro; la belleza, la perfección de la verdad, lo maravillan. Sólo más adelante se dará cuenta de que eso no es todo. Observaciones posteriores ampliarán su horizonte pero, por el momento, esto es la perfección. Se asombra también de no haber constatado antes evidencias semejantes. La satisfacción llega a continuación: es el silencio.

Tienes que saber, ¡oh discípulo! que los que han pasado por el silencio, han sentido su paz y han retenido su fuerza, anhelan que tú también pases por ello.

Es bien cierto que lo desean, porque los hombres que han desarrollado las facultades del alma conocen el sistema por entero; lo ven en acción bajo sus mirada y este espectáculo desean ardientemente compartirlo con todos. Comprenden que, siguiendo una parte del plan, todos hemos de colaborar; por consiguiente quisieran que cada uno, y lo mejor posible, llegara a comprender que la ayuda es su deber, que la ayuda es el trabajo propio que incumbe a la humanidad. Todos tenemos tareas secundarias; tenemos que desempeñar nuestro papel en el escenario del mundo físico y hemos de adaptarnos a él tan bien y tan noblemente como sea posible; no importa el papel, lo esencial es hacerlo bien. Recordemos solamente que la verdadera vida del alma está detrás de todo eso; ella es lo que más importa.

Vivimos en un mundo en que los medios se toman como el fin. La educación está poco o mucho basada en este principio. Por ejemplo, se enseña la geometría y las matemáticas, pero jamás se enseña que éstas permiten comprender la manera como el gran Arquitecto ha construido Su universo. Si nosotros las tomamos como un fin, no nos conducen a ninguna meta en particular, pero si las estudiamos como lo hacían los antiguos que las inventaron, descubrimos su gran utilidad. Pitágoras enseña el valor de los números y de la geometría, pero sus lecciones están dirigidas a los *physikoi*, es decir, a aquellos que estudian los secretos de la vida; los estudian a fin de comprender mejor la existencia. He aquí el punto de vista en el que debemos estudiar todas las cosas, sin limitarnos a cálculos de orden material o comercial.

Así pues, cuando el discípulo sea capaz de entrar en el Templo del Saber, siempre encontrará a su Maestro.

A menudo estas palabras, “El Templo del Saber”, han sido

mal interpretadas. Se encuentran también en *La Voz del Silencio*. Los tres vestíbulos de los que allí se habla tienen varios significados, tal como ya hemos explicado.

Para Mabel Collins, que transcribió *Luz en el Sendero*, "El Templo del Saber" significa literalmente una construcción; ella dice que ha penetrado en él astralmente y ha visto algunos de estos preceptos inscritos en letras de oro en el muro. Es posible que tenga toda la razón. Esta experiencia puede alcanzarse con el método particular seguido en su instrucción; sus instructores tal vez poseían un templo de este tipo. Como yo lo ignoro, tengo que limitarme a decir que yo no lo he visto nunca; pero, evidentemente, lo que ella dice aquí del Templo del Saber se refiere al plano astral, donde el aspirante aprende primero la mayoría de sus lecciones. Los hombres cuyo cuerpo astral ya está plenamente desarrollado no son muchos; la mayoría todavía están aprendiendo a servirse de él; se trabaja mucho, pues, a este nivel. Los hombres desarrollan también gradualmente el cuerpo mental, pero todavía son incapaces de utilizarlo como vehículo, ni siquiera después de la muerte. Toda persona que haya desarrollado las facultades del cuerpo mental y que sea capaz de ver a los muertos, los encuentra encerrados cada uno en un cascarón construido por su propio pensamiento; algunas avenidas salen desde este cascarón hacia fuera, pero son muy pocas y poco eficaces. El difunto vive en este cascarón y para nada en el mundo astral. He aquí el por qué, a pesar de sus limitadas ideas es perfectamente feliz. No cabe duda de que podría serlo infinitamente más con todo el plano mental a su disposición, si hubiera desarrollado las facultades que le permitieran funcionar libremente. Mientras tanto, se encuentra en el terreno de lo mental pero, a causa de sus mismas limitaciones, sólo una mínima parte de ese plano es accesible para él.

Muy pocas personas han desarrollado el cuerpo mental hasta el punto de ser apto para servir de vehículo. Los discípulos de los Maestros, en un momento dado, aprenden a desplazarse en el cuerpo mental y a formar lo que se llama el *mayavi rūpa* cuando tienen que trabajar en el plano astral. Así instruido, el discípulo abandona en su lecho los cuerpos astral y físico y, cuando desea trabajar en el plano astral, materializa, a este efecto, un cuerpo astral pasajero; cuando ya no lo necesita, deja que se disuelva. Al principio, el Maestro enseña al discípulo el método a seguir, después el discípulo actúa solo, como ya he explicado en *Los Maestros y el Sendero*¹.

La seguridad de que el discípulo encontrará a su Maestro en el vestíbulo de la sabiduría parece contradecir el precepto de *La Voz del Silencio*: “No busques a tu Gurú en estas regiones mayávicas”. Los dos pasajes pueden armonizarse perfectamente si se interpreta el sentido de cada uno. Aquí hay que entender que en el mundo astral el hombre siempre encuentra un representante del Maestro. El Maestro mismo no se ocupará indudablemente de él más que en casos muy especiales; en general, el discípulo trabajará en el plano astral bajo la dirección de uno de los discípulos adelantados del Maestro.

El aforismo de *La Voz del Silencio* nos advierte simplemente para que no aceptemos como guía a la primera entidad que se presente sin saber exactamente qué es lo que ella es, porque una muchedumbre de seres astrales de categorías diversas, con un celo digno de encomio, están dispuestos a ofrecerse como instructores y no se desaniman en ab-

¹ Op. cit. cap. IX.

soluto por el hecho de que a menudo saben mucho menos que las personas a las que quieren hacer sus discípulos.

Los que piden obtendrán. Pero aunque el hombre ordinario pida continuamente, su voz no es escuchada. Porque pide sólo con la mente; y la voz de la mente no se escucha en el plano en que ella actúa. Por lo tanto, no es hasta que se hayan pasado las 21 reglas, que digo que los que pidan obtendrán.

La primera frase del pasaje anterior recuerda a otro de los Evangelios, y que se le parece mucho. El Cristo dijo: "Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá²", lo cual, normalmente, se interpreta así: nuestras oraciones serán escuchadas, y si llamamos a la puerta del cielo, ésta se abrirá para nosotros. De un modo vago, se da por sentado que si tratamos de conseguir la salud, esto nos será concedido. En el pasaje que tratamos el punto de vista es más elevado: se aborda con claridad la verdad como el desarrollo oculto; la frase no se aplica al hombre ordinario, sino más bien al discípulo que, al término de las veintiuna primeras reglas ha llegado a la primera Iniciación.

El hombre que no pide más que con el intelecto busca alcanzar conocimientos en ocultismo, trata de hundir la mirada en los misterios de la vida y de la naturaleza solamente con sus facultades mentales; ahora bien, el Maestro dice muy claramente que esto no basta. Este hombre recibirá la respuesta, pero sólo al nivel en que se ejercite su mente; dicho de otro modo, no obtendrá más que una noción intelectual

² Mateo, VII, 7.

sobre algunos temas. Por lo demás, se trata de una linda cosa y que hay que evitar menospreciar.

El estudiante de Teosofía que intelectualmente ha llegado a captar bien la doctrina, ha realizado un trabajo excelente; la considera entonces como verdadera, porque satisface su intelecto. Éste ya es un valioso resultado, pero no constituye el conocimiento real y no se parece en nada a la seguridad absoluta que proporcionan los conocimientos adquiridos en el plano de la Intuición, los únicos que para el ocultista representan un progreso serio.

Es imposible poseer un intelecto demasiado penetrante, ¿quién no estará de acuerdo con nosotros? Es provechoso añadir cuanto podamos a nuestros conocimientos, desarrollar nuestro intelecto con un trabajo determinado porque — ya lo he explicado más arriba— no es posible ningún progreso importante antes de que, tanto mentalmente como astralmente, no hayamos adquirido cierto desarrollo. En algunos casos, el hombre que ha llegado a captar bien el sistema teosófico corre el peligro de exagerar la importancia de sus facultades intelectuales; puede dejarse llevar por la crítica y decir que, dirigido por él mismo, el universo hubiera sido mucho mejor ordenado de lo que lo es en este momento. El hombre que sostiene esta opinión hace el peor uso de su intelecto y tendrá que sufrir por ello; contaría con todas las ventajas si desarrollara en sí la facultad de sentir más profundamente y más vivamente. Por el contrario, si el hombre puede desarrollarse intelectualmente con humildad, si impulsa, tan allá como sea posible, el estudio del sistema absteniéndose mentalmente o de palabra, de convertirse en juez, su desarrollo sólo representará ventajas para él.

Se nos dice siempre: hay que tomar como guía a nuestra propia conciencia. Las órdenes de la conciencia vienen de lo

alto y, en general, representan los conocimientos del ego pertinentes al tema en cuestión; pero el ego todavía no está desarrollado más que parcialmente; lo que él sabe de un tema determinado puede ser muy poco o incluso inexacto, y no le es posible razonar más que siguiendo los conocimientos de que dispone; además, la conciencia de un hombre es a menudo una guía poco segura para él. Sucede a veces que un ego todavía joven y poco instruido es sin embargo capaz de imponer su voluntad a la personalidad. Por regla general, el ego no desarrollado no lo está más si se trata de imponerse a sus vehículos inferiores, y esto tal vez sea positivo. Sin embargo, algunas veces, un ego poco desarrollado en la tolerancia y sin una sólida instrucción, posee una voluntad bastante fuerte para transmitir órdenes a su cerebro físico, y estas órdenes demuestran que este ego es muy joven y no comprende.

No podemos dejar de obedecer a nuestra conciencia, pero seguramente, también podemos tratar de servirnos de ella para controlar y verificar algunos hechos importantes que nadie intenta discutir. Es muy posible que los inquisidores hayan actuado a veces impulsados por su conciencia pero, si hubieran comparado el importantísimo, el gran precepto recibido por ellos de su jefe nominal, el Cristo —“Amaros los unos a los otros”— hubieran dudado de la conciencia que les dictaba muertes, torturas y autos de fe; se hubieran dicho: “Evidentemente, aquí existe un error; busquemos al menos aclararnos antes de seguir nuestros instintos en este punto en particular”. Los inquisidores hubieran tenido mucha razón de aclararse así y de someter su conciencia a una piedra de toque —las reglas generales dadas por Aquel en quien reconocían la infinita superioridad. Ni siquiera lo soñaron; el mundo sufrió cruelmente. En un caso así, muy pocas personas se toman el tiempo de reflexionar. Pero ¡cómo no ver

que ésta es la única manera segura de proceder!

Es necesario, pues, servirnos de nuestro intelecto de tal manera que sirva de instrumento al ego y no sea un obstáculo para su desarrollo. Por consiguiente, si la conciencia parece dictarnos un acto evidentemente contrario a las grandes leyes de compasión, verdad, justicia, haremos bien en preguntarnos si la regla universal no es superior a la aplicación particular que no parece estar de acuerdo con ella.

Antes incluso de ser verdaderamente conscientes en el plano de la intuición, recibimos con frecuencia reflejos de la misma. A veces las intuiciones llegan a nuestra existencia diaria y, aunque las impresiones debidas al Yo superior tengan su origen en el plano causal más bien que en el plano búddhico, de cuando en cuando, recibimos una especie de vislumbres de verdadero conocimiento espiritual, cuya manifestación es imposible en ningún nivel inferior al plano búddhico. Estas inestimables iluminaciones nos aportan conocimientos de los que tenemos la certeza, sin poder, en muchos casos, dar ninguna razón intelectual para ello.

Nuestra confianza es legítima si se trata de verdadera intuición. Para la mayoría de nosotros, en las primeras etapas, la dificultad estriba en que no siempre podemos distinguir entre la intuición y el impulso. Para distinguirlo, la Dra. Besant ha dado una o dos reglas: "Si, dice, tenéis tiempo para esperar lo que viene, dejad eso por el momento; dejadlo para mañana. Si se trata de un simple impulso, se disipará indudablemente; si es una verdadera intuición, se mantendrá con toda su fuerza. Por otra parte, la intuición tiene siempre la distinción del altruismo. Si ese impulso que llega de un plano superior presenta la menor apariencia de egoísmo, podéis estar seguros de que es un simple impulso mental y no una verdadera intuición búddhica".

Los impulsos astrales, como las intuiciones que llegan de lo alto, pasan del plano astral a la región etérica del cerebro físico, pero la intuición tiene por origen, según el caso, bien en el cuerpo causal, bien en el cuerpo búddhico; como unas y otros llegan de lo alto, a menudo es difícil distinguirlos. En una etapa ulterior, podremos hacerlo sin equivocarnos, porque entonces nuestra conciencia, abierta por encima del nivel astral, sabrá exactamente si estas inspiraciones proceden del cuerpo astral o bien de un plano superior. Nuestros contemporáneos disfrutan raramente de esta ventaja; por consiguiente, tienen que poner en juego todo su buen sentido y toda la fuerza mental que han conseguido desarrollar.

Cuando al final de las veintiuna reglas el discípulo se hace acreedor a la Iniciación, en un momento de conciencia búddhica, el conocimiento de la unidad se le aparece como una gran realidad espiritual. Después de esta experiencia, se destaca del hombre ordinario que sólo indaga con su intelecto. A menudo se ha dicho: la unidad es la característica del plano búddhico. Esto requiere quizás algunas explicaciones adicionales. En su cuerpo causal, el hombre puede conseguir conocimientos bastante completos sobre esto o aquello; ve la esencia de las cosas, porque el ego actúa por mediación del cuerpo causal, piensa abstractamente. Es inútil para él condescender hasta los ejemplos, porque su pensamiento penetra hasta el fondo de la cuestión. Todo eso es maravilloso, pero sigue procediendo del exterior.

La importante característica del plano búddhico es que su actividad es centrífuga. Si, queriendo rodear a una persona de nuestra simpatía y comprenderle totalmente a fin de ayudarle mejor actuamos en el cuerpo causal, dirigimos sobre su cuerpo causal (hablando metafóricamente) el chorro de luz de acetileno y estudiamos todas las peculiaridades; son muy claras y fáciles de examinar, pero las vemos siem-

pre desde fuera. Si, al poseer la facultad del plano búddhico, queremos adquirir estos mismos conocimientos, elevamos nuestra conciencia hasta el nivel búddhico, y allí, constatamos que la conciencia del hombre estudiada por nosotros forma parte de nosotros mismos. Allí, en nuestra conciencia, encontramos un punto que lo representa —podríamos decir una abertura más que un punto; este paso nos permite el acceso a su conciencia, y eso sobre el nivel inferior que escogamos: entonces vemos todas las cosas exactamente como las ve él mismo, y nosotros, por así decirlo, las vemos situándonos en él mismo, en lugar de mirarlas desde el exterior. Se comprende fácilmente cuanto más este modo de proceder favorece una comprensión y una simpatía perfectas.

Cuando, al haberse ampliado nuestro campo visual gracias a estos nuevos conocimientos, todas las distintas entidades y todos los diversos problemas que les atañen, se han convertido en una parte de nosotros mismos y los estudiamos desde lo interno y no desde lo externo, nos resulta posible determinar en qué dirección hemos de dirigir nuestra energía. Una nueva y superior ventaja: sabemos cómo abordar los problemas de aquí abajo. No quiero decir que el hombre que haya vislumbrado la unidad se vuelva infalible en los planos inferiores; pero deja de cometer allí equivocaciones si es capaz de elevar su conciencia al plano superior, de considerar el objeto desde este punto de vista elevado, en definitiva, de trasladar el límpido recuerdo aquí abajo a su cerebro físico y de actuar en consecuencia. Puede que no tenga tiempo para proceder de esa manera: o bien para pensar en ello; se equivocaría entonces como todos los demás; sin embargo, la posesión de esta facultad sería para él una gran ventaja, no solamente a causa de todo aquello que, por el momento, le permite saber, sino también a causa de la ampliación de su campo visual, que le permite reconocer la dirección que

tiene que dar a sus fuerzas para conseguir los resultados apetecidos en las mejores condiciones.

Leer, en el sentido oculto, es leer con los ojos del espíritu. Pedir, es sentir el hambre interna —el anhelo de aspiración espiritual. Ser capaz de leer, significa haber obtenido a un grado mínimo el poder de satisfacer ese hambre.

La aspiración espiritual intensa no es el simple deseo de saber y de comprender inherente al cuerpo causal; corresponde más bien a una manifestación superior, la del plano búddhico y sólo allí es donde ella puede hallar plena satisfacción. Como ya he explicado, lo que pasa en el vehículo búddhico, para la personalidad, se refleja en el cuerpo astral. He aquí el por qué constantemente se toma por una verdadera aspiración espiritual una viva emoción que corresponde al plano astral.

Los estudiantes de ocultismo no tendrían que equivocarse en esto, pero los principiantes lo hacen a menudo. Corrientemente vemos ejemplos en las reuniones religiosas, llamadas “de revelación”, donde personas sin educación ni desarrollo alguno son llevadas a un estado de éxtasis momentáneo por la prédica de otra persona, esta misma persona en sí muy emotiva y por consiguiente capaz de despertar la emoción en su auditorio. Algunos grandes predicadores de antaño, con un temperamento emotivo, poseían en grado sumo este poder. Lejos de mí la idea de que ellos no hayan procurado mucho bien; no lo dudo ni un instante, pero su actuación, con el consentimiento de todos, era lo que nosotros llamaríamos astral: tendía a emocionar.

Sin duda hay personas cuya aspiración superior puede despertarse procediendo de abajo arriba, pero son muy escasas y no se encuentran con facilidad entre las clases me-

nos cultas. Esta opinión no tiene nada de clasista ni mezquina, porque las condiciones del nacimiento son resultado del Karma. Si una persona ha nacido en una clase social donde le faltaron cultura y educación, es que lo ha merecido; con toda probabilidad se trata, pues, de un alma más joven que otra, dotada de mayores ventajas en su nacimiento. Este no es, invariablemente, el caso; hay excepciones y numerosos casos especiales, pero, hablando en general, esto es verdad. Así, cuando evangelistas del tipo Moody y Sankey se dirigen principalmente a personas poco instruidas, puede esperarse, en definitiva, que sólo se despierten las emociones, sin saber si los resultados serán o no permanentes. Si la impresión producida es bastante fuerte, el recuerdo persiste, aun cuando la emoción se calma y la persona que se dice “salvada” puede conservar su mentalidad nueva y más despierta.

Las grandes sacudidas emocionales a veces son saludables; pero con mayor frecuencia, son perjudiciales. Hay personas a las que esto les ha llevado a renunciar absolutamente a una mala vida; pero hay otras que han sufrido seriamente, por ejemplo, perdiendo el equilibrio mental o su energía intelectual, o incluso enloqueciendo. Los casos en que se ha logrado un beneficio permanente no son muy numerosos; la gran mayoría sólo se ve afectada temporalmente; la excitación pasa y no queda nada positivo. Sin embargo, reconocemos que la emoción es una cosa positiva en el caso en que las personas se encuentran transportadas, aunque sea temporalmente, a un nivel superior.

Los estudiantes de ocultismo no pueden permitirse estas sacudidas emocionales, porque ya han dejado atrás la etapa en que excitaciones parecidas pudieran contribuir a su progreso. Hay que procurar no confundir la emoción de este tipo con el éxtasis de los planos superiores. Los oyentes de esas reuniones de “revelación”, caen a menudo en un estado

de júbilo donde, ciertamente, no son dueños de ellos mismos. He visto a personas patalear, gritar fuera de sí, que no sabían lo que estaban haciendo. Todo eso, se dirá, indicaba su alegría; quiero admitirlo, pero es una emoción desenfrenada; el estudiante de ocultismo tiene pues que evitarla.

El hombre que ha alcanzado la conciencia búddhica también está fuera de sí, elevado por una beatitud tan intensa que las palabras no son suficientes para expresarlo, pero jamás pierde la sensación de ser él mismo. Se encuentra en un plano superior; es él mismo como jamás lo había sido; sigue siendo el dueño de sí mismo. A su éxtasis, sin duda que puede corresponderle una determinada emoción en la personalidad —un sentimiento de gozo extremo a todos los niveles, pero nunca una emoción desenfrenada; jamás el éxtasis le llevará a cometer actos imprudentes o irrazonables, a olvidarse o a envilecerse. El éxtasis extremo, la beatitud indescriptible de la experiencia superior, va acompañado de una paz absoluta que parece abarcar al mundo entero, mientras que las emociones inferiores se alteran extraordinariamente.

Cuando un clarividente asiste a una reunión de “revelación”, constata que, en general, entidades no humanas pululan por la sala, a fin de aprovecharse de las oleadas de emociones indisciplinadas. La emoción es una energía formidable, y sus oleadas, si consideramos sus dimensiones, son de una altitud y de una fuerza enormes. Se levantan, se precipitan a través del ambiente astral y determinan allí todos los efectos de una gran tempestad en el plano físico. Muchos seres astrales disfrutan con ello; se sumergen en el ambiente con una alegría y una excitación extremas, sin saber si la emoción está fraguada de sentimientos religiosos, de odio o de amor; no buscan más que la vibración formidable, los remolinos, el rugido de la tempestad. Estos seres sienten el

mayor placer en remolinar en sus oleadas y en dejarse llevar, como los buenos nadadores lo hacen en el mar. Estas entidades, en todo lo que pueden, levantan las emociones humanas; se limitan a saber que allí reina un regocijo infinito y buscan intensificarlo cuanto pueden. A ellos, sobre todo, se debe la poderosa liberación de fuerzas que se producen en reuniones parecidas. Estas entidades, al aumentar la intensidad, como un banco de ballenas que se bate en un agitado mar, contribuirá a removerlo más; poseen, más o menos, tanta inteligencia como los cetáceos; no hay nada allí, pues, muy espiritualmente elevado. No es, como cree mucha gente, una inspiración divina. Servir de juguete a esas criaturas tan inferiores no es realmente digno del hombre.

Por sí solo, el éxtasis y la intensa beatitud, acompañados de una sensación de calma y de paz absolutas nos proporcionan la seguridad de que se han alcanzado los niveles superiores. La agitación, la inquietud, la pérdida de todo control sobre uno mismo, indican que uno se encuentra, con toda seguridad, en un plano inferior.

Cuando el discípulo está en disposición de aprender, entonces es aceptado, reconocido y admitido. Así debe ser, por cuanto ha encendido su lámpara y no puede estar oculta.

He aquí una frase estimulante. Los discípulos siempre son vigilados, aunque a muchas personas les cueste comprenderlo. Los mismos Grandes Seres lo han explicado: cuando Sus miradas recorren el mundo, el hombre cuya lámpara está encendida se manifiesta como una gran llama en el seno de la oscuridad general; es imposible que Ellos no la perciban. Ellos esperan la aparición de luces que nazcan y se dedican a transformar en llama cada destello, a fin de que a su vez las nuevas llamas puedan irradiar en el mundo.

A menudo esto ha llevado a críticas inconsideradas. Tal vez esto sea normal pero para aquellos que las formulan, mejor harían en abstenerse. He llegado a oír a miembros — generalmente muy intelectuales, que saben discernir rápidamente los errores y los fallos de los demás, expresarse de esta manera: “Fulano es discípulo del Maestro; yo no veo que él sea en absoluto más digno que yo. He pasado tantos años en la Sociedad, he hecho esto y lo de más allá, y si ésta o aquella persona, cuyos fallos son evidentes, ha podido ser aceptada, ¿por qué no tendría que serlo yo también?”

Las personas que emiten juicios parecidos se olvidan del principio general, base de todo progreso oculto. Su crítica es exactamente de la misma clase de las que se oponen tan frecuentemente a la ley del Karma. Las personas dicen que no pueden hallar justas algunas cosas que les pasan, y que, por consiguiente, no existe ninguna ley de justicia. “Nada de justicia: es una ilusión”. Eso equivale justamente a decir: “He construido una máquina hidráulica; no funciona porque la presión hidráulica no existe”. Nadie en su sano juicio diría una cosa así; pero, para comenzar, buscará el defecto de su máquina, sabiendo que las leyes naturales son invariables y que respecto a eso, todo error es imposible. Nadie se permitiría una actitud parecida con respecto a una ley de la ciencia física, pero se hace cuando se trata de la ley del Karma. Si estas personas tomaran como punto de partida la hipótesis de que esta ley existe y de que actúa invariablemente, entonces, cuando el modo como ella opera, en éste o en aquel caso, se les escape, atribuirían el fallo a ellos mismos y a su limitada visión, y no cometerían la tontería de negar la existencia de toda ley kármica.

Igualmente, las personas que, por diversas razones, se creen superiores a otras elegidas como discípulos por el Maestro, deben recordar que Su elección está dictada por un

juicio infalible. Es evidente que en los planos superiores existen muchas cosas todavía desconocidas, incluso para un Maestro, pero, con toda seguridad, por lo que respecta a los planos inferiores con los cuales nosotros tenemos que ver, podemos admitir la infalibilidad de Sus conocimientos. Por encima de los Maestros, está el rango de los Adeptos más elevados, como el Manú y el Bodhisattva, el Buddha y el Gran Señor de la Tierra, que deben saber algunas cosas que nuestros mismos Maestros ignoran. El Logos del sistema solar tiene que saber todavía más, y más allá, tiene que haber Logos más elevados cuyos conocimientos todavía son mayores. Por lo que se refiere a la precisión y al juicio del Maestro, con relación a los planos a los que Él se ha sometido plena y definitivamente, no hay duda alguna de que al elegir a alguien, Él no puede equivocarse.

Incluso en el caso excepcional en que el discípulo abandone más tarde el camino recto y se deje llevar por una conducta indigna, de ello no se deduce que el Maestro se haya equivocado al elegirlo. Esta persona debía tener derecho a esta magnífica oportunidad; al haberla merecido, la ocasión tenía que presentársele. La instrucción de un discípulo así puede haber necesitado infinitos cuidados que es posible que parezcan inútiles. Pero no es así. Todo eso se tendrá en cuenta en el curso de su evolución, independientemente del lugar y de la manera; esto es seguro. El Maestro da a veces una oportunidad a una persona porque la merece, a pesar de la presencia en ella, junto a las buenas cualidades, de otras menos deseables que le impedirían ser utilizado, si ellas adquirieran preponderancia. El ofrecimiento no deja de estar en pie, porque es de justicia.

A veces existen entre los egos unos vínculos que muchas existencias después desembocan en una estrecha relación entre Maestro y discípulo. Citemos un caso muy conocido de

nuestro antiguo vice-presidente el señor Sinnett. Hace muchísimo tiempo él fue un importante personaje egipcio. Su padre, que había construido y dotado un templo importante, tenía mucha influencia y, en definitiva, en este templo ejercía una acción preeminente. En esa época, uno de nuestros actuales Maestros era prisionero de guerra en Egipto; el señor Sinnett y yo mismo, éramos soldados en el ejército que Le hizo prisionero. Como sea que en su país era un personaje distinguido, fue confiado a nosotros porque los prisioneros de elevado rango eran muy bien tratados en Egipto y atendidos por personajes de un rango parecido al suyo, mientras no trataran de evadirse. De modo que vivió en casa del señor Sinnett dos años, durante los cuales, al interesarse vivamente en las actividades ocultas del templo, expresó el deseo de participar en ellas. Gracias al señor Sinnett, se le dio la posibilidad de abordar el estudio del ocultismo; llevó a cabo los más asombrosos progresos y, en todas sus vidas posteriores, continuó los estudios iniciados en el antiguo Khem. Más tarde, se convirtió en Adepto, mientras que Su bienhechor egipcio estaba todavía muy lejos de ello. En Su actual encarnación, decidió difundir en el mundo las verdades teosóficas, al haber llegado el momento en que éste ya estaba preparado para recibirlas. Buscó a un hombre a quien encargar esta misión; Su mirada recayó en su antiguo amigo, el bienhechor que, como director de un gran periódico, presentaba todas las cualidades necesarias para llevarlo a buen fin. Facilitándole esta oportunidad, el Maestro pagaba Su antigua deuda; nosotros sabemos de qué manera mas admirable el señor Sinnett supo aprovecharlo. Este ejemplo demuestra que un hombre, en una época muy remota, puede haber establecido un vínculo con otra persona que desde entonces ha llegado al adeptado, y que para pagar su deuda, el Adepto, con toda naturalidad, concede a este hombre Su ayuda y Sus

instrucciones, y lo atrae hacia Él.

Los vínculos pueden pues establecerse de diversas maneras y muy bien puede suceder que la persona elegida como discípulo no roce la perfección; pero no sería objeto de esta elección si no fuera digna de ello; sus defectos, sus debilidades presentes no son para ella motivo de exclusión si tiene a su favor otros méritos más importantes, y si las ventajas pesan más que las desventajas. Muchas circunstancias pueden decidir al Maestro a tomar como discípulo a tal o cual persona; y podemos estar seguros de que Él no la elige si no lo merece; sin embargo, podemos ignorar la manera cómo se ha hecho acreedora a este mérito. Lo recíproco es igualmente verdad: ninguna persona que lo merezca tiene que temer no ser observada y luego elegida.

No es razonable utilizar esta mente inferior constituida por nosotros con tanto trabajo y esfuerzo, para criticar las acciones de los Maestros, cuyos conocimientos son infinitamente superiores a los nuestros. Sus razones pueden escapar a nuestra comprensión, pero Sus servidores deberían por lo menos tener bastante confianza en Ellos para decir: "Sé que el Maestro debe tener Sus razones. Yo no distingo muy bien por qué. Por lo que a mi respecta, sé que Él me tomará cuando esté preparado. A mi me corresponde ser digno de ello. Mientras tanto, lo que el Maestro haga con respecto a otras personas no me incumbe". Nada más inteligente.

El mismo principio rige para la tarea que nos es asignada. Si externamente no parece alcanzar el éxito, no nos desanimemos. Si no hemos conseguido el resultado que se pretendía, tal vez hayamos obtenido exactamente el resultado deseado por el Maestro. Él no siempre nos dice todos Sus pensamientos. Nos designa un trabajo para que lo hagamos

y nosotros damos por sentado que el resultado de este trabajo, evidente para nosotros, es indiscutiblemente aquel que Él espera. Tal vez Su intención sea todo lo contrario. Puede incluso que Él quiera someter al colaborador a una disciplina especial; que quiera, por ejemplo, enseñarle a no sentir desazón en caso de fracaso; en definitiva, el Maestro puede tener otras razones completamente ignoradas por el trabajador. Varias veces he tenido ocasión de constatarlo en el curso de mis experiencias en ocultismo. Recibimos la orden de hacer determinadas cosas; pensamos que están destinadas a producir determinados resultados, pero éstos no llegan. Esto nos sorprende pero, años después, comprobamos que un resultado, por completo distinto, no se hubiera conseguido sin el trabajo anterior. A mi parecer, no hay duda de que en este caso el Maestro nos ha dado nuestra tarea, no con la intención que nosotros suponíamos, sino con otra intención de la que no sabíamos nada.

A aquellos que descontentos de descubrir en los discípulos lo que ellos llaman defectos, manifiestan que unas personas así no deberían ser seleccionadas, yo quisiera decirles esto: “Vosotros sólo veis una sola faceta del asunto; vuestra actividad mental se mueve en falso. Si conocéis la existencia de los Maestros, y si tenéis la menor idea de Sus poderes, no podéis tener duda de que Ellos saben perfectamente lo que hacen. Si no descubristis su intención, en definitiva, no es esencial que la captéis. *Ellos* saben: he aquí lo importante”.

La elección no siempre se le comunica de inmediato al discípulo. Normalmente, de un modo u otro, al hombre que ha sabido merecer el gran honor de ser admitido, se le pone en estrecho contacto con una persona que ya es discípulo de su futuro Maestro, de quien recibe algunas instrucciones por mediación de esta persona. El Maestro dirá probablemente al discípulo más antiguo: “Mándame astralmente a tal perso-

na mañana por la noche”. Al llegar ante su presencia, el Maestro le dice: “He seguido tu trabajo, y pienso que estás capacitado para progresar. Te ofrezco la posición de discípulo a prueba si tú te comprometes a dedicar todas tus energías o todas aquellas de las que puedas disponer, al servicio de la humanidad, en las condiciones que yo te indicaré”. Esto es lo que pasa a menudo pero, algunas veces, se antepone un período de espera muy largo antes de ser notificada la elección; además, por determinadas razones, el hombre puede estar ignorante de ello en su conciencia víglica.

En la India, recuerdo haber conocido un caso especial. Un anciano hindú, ortodoxo, siempre había llevado una vida extremadamente correcta, útil y activa; era un hombre que nunca se había mostrado egoísta y que había puesto todos los medios de que disponía al servicio de la humanidad. Después de haber cumplido admirablemente todos sus deberes familiares, había dedicado todo su tiempo y toda su fortuna a hacer el bien, tal como él lo entendía. Habiendo sostenido siempre, antes de conocer la existencia de la Sociedad Teosófica, que los grandes Rishis no solamente han debido existir antiguamente, sino que deben seguir existiendo todavía en nuestros días, esperaba acercarse a Ellos en el futuro, pero eso con toda humildad. Decía: “Yo sé que la iniciativa Les corresponde a Ellos y no a mí. Los he buscado, esforzándome durante largos años, conformándome a lo que debe ser Su voluntad”. Finalmente, un día, uno de nuestros Maestros le dirigió la palabra: “Desde hace cuarenta años, le dije, he seguido tu trabajo; a menudo te he guiado sin que lo supieras. Ha llegado el momento en que es bueno para ti estar informado”.

Este es un ejemplo muy sorprendente; parece demostrar claramente que muchas de estas personas altruistas pueden trabajar bajo la dirección de nuestros Maestros, sin sospe-

char esta dirección; puede que existan razones por las cuales más vale que en la vida presente ellos no lo sepan. Tengamos la plena seguridad de que el Maestro actúa para lo mejor y si a Él le conviene no decir nada, eso no demuestra en absoluto que su vigilancia no sea constante.

En estas relaciones, el Maestro actúa siempre exactamente en el mejor interés del hombre y del trabajo, porque posee la inmensa ventaja de ver todo eso desde niveles superiores donde no es necesario medir el bien y el mal como en los planos inferiores. ¡Cuántas veces, aquí abajo, la posibilidad de hacer el bien se presenta en una sola dirección, cuando desde otro ángulo, nuestra acción es perjudicial!

El Manú ha aludido a esta verdad que se ignora, diciendo que no hay fuego sin humo. Pero el fuego sin humo existe: en los niveles superiores, es el bien en estado de pureza, sin consecuencias ni asociaciones adversas, porque todo se lleva a cabo teniendo en cuenta el interés general, y el progreso del conjunto comprende el progreso de cada unidad. A veces, si la acción ha sido perjudicial, si el hombre se encuentra atascado, es porque una pausa semejante favorece su progreso. Igualmente, la poda de un árbol que podría considerarse una crueldad, tiene como único motivo su prosperidad.

Pero es imposible aprender, a menos que se haya ganado la primera gran batalla. La mente puede reconocer la verdad, pero el espíritu no puede recibirla.

El ego hace descender sus impresiones a través de los planos inferiores, desde que empieza a despertar; no puede hacerlo mientras el cuerpo astral no está dominado, porque, si este cuerpo no es más que emociones que bullen, ¿cómo podría el ego comunicarle ninguna enseñanza coherente o

racional? La primera gran batalla se libra contra los sentidos; el ego las gana; después se encuentra cara a cara con la mente y puede suceder que ésta sea un adversario más formidable que el cuerpo astral.

A continuación, el Maestro pasa a los conocimientos conferidos por la intuición. Como ya he explicado, el candidato recibe a cada Iniciación una llave que transforma a sus ojos la existencia, revela nuevas profundidades y, por decirlo así, da a la doctrina oculta un sentido más amplio. Cada vez, cuando recibe la llave, el hombre piensa que es la última; y se dice: "Ahora ya lo sé todo; mis conocimientos son demasiado satisfactorios, demasiado completos para que puedan ser superados por otros". Ahora bien, lo que queda por aprender es infinito. A medida que el hombre avanza, velo tras velo se irán levantando para él. El Maestro sabe en qué momento preciso una u otra aclaración es la más útil. Algunas veces uno piensa: más valdría lograrlo todo de golpe; una idea absurda; tanto como exigir a un profesor la enseñanza del cálculo diferencial a un niño que está aprendiendo la tabla de multiplicar. El niño tiene que pasar por muchos grados intermedios antes de comprender el sentido de este nuevo cálculo.

Ocurre absolutamente lo mismo con nosotros. Frecuentemente (y todavía por vanidad personal) nos dejamos llevar por la creencia de que sabemos ya lo suficiente para que todos los conocimientos posibles nos sean confiados. Tengo que limitarme a decir que Ellos saben mejor que nosotros lo que nos conviene; ahora bien, lo mejor para cada uno es también lo mejor para todos.

Muchas personas están de acuerdo con eso; admiten que el conjunto, naturalmente, tiene que pasar delante de cada una de las partes; pero a veces tienen un poco la sensación

de que las partes quedan relegadas y que, si todo contribuye al mayor bien del conjunto, las partes individuales quedan a menudo en el olvido. El mundo está más sabiamente administrado; lo mejor para todos es absolutamente lo mejor para cada parte. No sólo el colectivo de la humanidad es tratado con justicia, sino que esta justicia no se traduce para ningún hombre en la menor injusticia. Tengamos la absoluta certeza de que nuestra convicción se convierte en absoluta; entonces, nada de dudas ni de temores; sea lo que sea lo que nos alcance, podremos decirnos con serena confianza, que todo lo que se cumple es para el mejor bien.

Una vez que se ha pasado por la tormenta y se ha llegado a la paz, entonces siempre es posible aprender, aun cuando el discípulo dude, vacile y se desvíe. La Voz del Silencio mora en él, y aun cuando abandonase por completo el sendero, llegará un día, sin embargo, en que esa voz resonará y lo partirá en dos, separando sus pasiones de sus posibilidades divinas. Entonces, en medio del sufrimiento y de los gritos desesperados del yo inferior abandonado, él volverá.

En un caso así, el combate es, en verdad, encarnizado. No lleguemos a eso; más vale, puesto que podemos hacerlo, estar preparados y evitar así una operación quirúrgica tan grave como la de la separación, por desgarramiento, del Yo Superior y del yo inferior. La lucha contra el yo inferior continúa siempre; si el discípulo permite a su adversario hundir sus colmillos en el Yo Superior y desviarlo de sus elevadas posibilidades, se expone a terribles sufrimientos el día inevitable de la separación; porque los hombres que han entrado en la corriente no pueden salir de ella más que alcanzando la otra orilla.

Por eso digo: La paz sea contigo. “Mi paz te doy”, sólo puede decirlo el Maestro a los discípulos amados, que son como Él mismo.

El Maestro establece aquí una diferencia muy interesante. En Oriente, “la paz sea contigo” es una fórmula de saludo habitual, pero de cierta belleza. Cuando decimos: “Adios”, es decir, “Dios sea contigo”, el sentido es el mismo, porque Dios es Paz. El “salaam” de los mahometanos es el “salom” de Jerusalén, y Jerusalén significa la morada de la paz. Los hindúes tienen la palabra “shanti”, que significa paz, y su “namaste”, que quiere decir “saludos o respetos —para ti”; en general se responde a esto con “shanti”.

La costumbre oriental es la de poner al final de los libros: “la paz sea contigo”; el autor parece despedirse así del lector. “Yo te doy mi paz” no puede decirse más que en circunstancias especiales. Al decir: “Yo os dejo mi paz: Mi paz os doy; Yo no os la doy como la da el mundo”³, el Cristo se dirigía únicamente a sus propios discípulos. Para recibir la paz del Maestro, leemos aquí, el discípulo tiene que ser como el Maestro mismo, es decir, un discípulo aceptado; tal vez incluso más —un discípulo “hijo” del Maestro. Las palabras que se le dicen no representan el simple deseo de que la paz y la bendición descansen en él —deseo que, pronunciado por Aquel que tiene el poder, tendrían una eficacia segura: significan más que eso. El Maestro da su propia paz, la paz que nada puede perturbar, a aquellos que son como Él mismo, que son Sus propios hijos, que forman parte de Su propia naturaleza y que, en la medida de sus capacidades, están asociados a todo lo que Él es. Eso no significa, evidentemente, que

³ Juan, XV, 27.

el discípulo pueda participar completamente de la naturaleza del Maestro y de Sus posesiones —de otro modo él mismo se habría convertido en Adepto— sino que participa de ello en todo lo posible.

Hay algunos, incluso entre los que ignoran la Sabiduría Oriental, a quienes puede decirse esto, y a quienes se les puede decir cada día con más integridad.

He aquí un mensaje muy interesante y muy remarcable; puede parecernos extraño, porque muchos de entre nosotros tienen algunas nociones de la sabiduría oriental, reverencian a los Grandes Maestros, forman parte desde hace mucho tiempo de una organización especialmente dedicada a Ellos y a Su servicio sin que a la mayoría el Maestro pueda decirles: “Mi paz os doy”. Él no puede decir estas palabras más que a las pocas personas admitidas por Él en unas relaciones mucho más estrechas. Sin embargo, siendo eso así, leemos que esta bendición íntima puede ser concedida a algunas personas que ignoran la sabiduría oriental.

¿Qué quiere decir esto? ¿A quien se le concederá un privilegio semejante? En la actual etapa de evolución estas personas son pocas; sin embargo no cabe duda de que existen. Para llegar a comprenderlo preguntémosnos qué es lo que permite al Maestro relacionarse tan estrechamente con un discípulo: es el hecho de que, el discípulo, al haber pasado al mundo del Maestro, ha llegado a compartir enteramente la manera de ver propia del Maestro, en definitiva, a considerar el mundo y todo lo que de él forma parte, tal como los considera el Maestro mismo. Eso es posible incluso para un hombre que lo ignore todo de la sabiduría oriental y del Maestro; su desconocimiento no le impide adoptar esa elevada manera de ver las cosas. La característica del Maestro es la

absoluta carencia de egoísmo; en Él, la palabra inferior no cuenta. El Maestro considera todas las cosas tal como son vistas en el plano de la Divinidad, y jamás, ni un solo instante, interviene Su propia personalidad. Todo lo que favorece la evolución humana es bueno; todo lo que la obstaculiza, es malo.

Si bien la sabiduría oriental, si la comprendemos bien, tiene que proporcionarnos bastamente esta mentalidad, sin embargo constatamos que otros, al igual que nosotros, pueden llegar a adquirirla, sin conocer esta sabiduría. Para acercarse al Maestro hasta el punto de poder recibir Su paz, el altruismo es la primera y más importante de las condiciones. Uno puede encontrarse cerca del Maestro e incluso puede recibir Su paz, sin embargo, dos hombres favorecidos de esa manera, pueden recibir esa paz en una medida muy desigual. Una persona absolutamente santa y altruista pero ignorante de estos conocimientos, recibirá la paz del Maestro hasta donde sea susceptible de recibirla; por el contrario, el hombre que posee estas cualidades en un mismo grado, pero acrecentadas por los conocimientos superiores, recibirá de esta paz infinitamente más.

△ *Considera las tres verdades. Son equivalentes.*

Esta línea está precedida de un triángulo; es como la firma de Aquel que la escribió; al igual que los clérigos católicos ponen la cruz en la cabecera de sus cartas y documentos. El triángulo, aquí, está destinado a atraer la atención de un modo particular.

Las tres verdades que menciona el Maestro Hilarión son aquellas que Él mismo ha enunciado en otra obra dictada por Él —*El Idilio del Loto Blanco*— obra que no atrajo toda

la atención que merecía. Es la narración de una de sus antiguas vidas pasada en Egipto en una época en que la religión egipcia, caída en decadencia, no era comprendida. Este culto magnífico e impersonal se convirtió en el de una diosa que exigía de sus adoradores menos la pureza perfecta que la ardiente pasión; la corrupción era pues muy grande.

El Maestro, llamado entonces Sensa, era clarividente y discípulo en un templo egipcio. Los sacerdotes de este templo lo apreciaban como clarividente y como médium, pero no querían que enseñara al pueblo la verdadera religión, lo cual hubiera perjudicado al sistema eclesiástico de la época; terminaron por matarlo. En el curso de la narración, Sensa, después de muchas pruebas, se encuentra en medio de un grupo de Adeptos, entre otros su propio Maestro; Éste le dice lo que hay que enseñar al pueblo —a los hombres desviados por una doctrina falsa. Los Adeptos le prescriben que no enseñe más que las verdades generales. Poseemos estas grandes verdades tales como fueron formuladas entonces; están precedidas de algunas palabras: *“Hay tres verdades que son absolutas y que no pueden olvidarse, pero que, sin embargo, pueden permanecer silenciosas por no pronunciarlas”*.

Dicho de otro modo, teniéndolas en custodia la Gran Fraternidad, estas verdades no pueden perderse jamás, ni siquiera si en una época determinada, el mundo las ignora porque nadie las proclama.

Primera gran verdad: *“El alma del hombre es inmortal y su futuro es el futuro de algo cuyo crecimiento y esplendor no tiene límites”*. Esta gran verdad suprime de inmediato el temor al infierno y la necesidad de la salvación, porque el éxito final de toda alma humana es absolutamente cierto, aun extraviándose, independientemente de la distancia en la que se haya alejado del camino de la evolución.

Segunda gran verdad: *“El principio dador de vida mora en nosotros y dentro de nosotros, es imperecedero y eternamente benéfico, no se le oye, no se le ve, no se le huele, pero es percibido por el hombre que desea la percepción”*. En otras palabras: el mundo es una expresión de Dios; el hombre forma parte de Él y puede constatarlo por sí mismo cuando se convierte en capaz de elevarse al nivel en que este conocimiento puede serle concedido; en definitiva, todas las cosas tienden al bien, claramente e inteligentemente.

Tercera gran verdad: *“Cada hombre es su propio y absoluto legislador, el dispensador de la gloria o de la desesperación, el desaliento para sí mismo; el que decreta su vida, su recompensa, su castigo”*. He aquí, claramente enunciada, la ley del Karma, de la compensación, del equilibrio.

Después vienen las palabras: *“Estas verdades, que son tan grandes como la vida misma, son tan sencillas como la más sencilla de las mentes del hombre. Saciemos el hambre de las mismas”*.

Aquí, nos son presentados los principios de una religión accesible a todos: implica tres artículos de fe principales, formulados con simplicidad pero también con mucho cuidado, para evitar el menosprecio. Podrían resumirse así: “El hombre es inmortal”, “Dios es bueno”, y “Lo que el hombre siembra, eso recoge”; bajo esta forma elemental se adaptan a los hombres que están todavía en la etapa en que necesitan un dogma sencillo. Un alma más desarrollada querría comprenderlo todo; los detalles se le pueden dar; bastan para ocupar la inteligencia de los más sabios.

Estas tres verdades son perceptibles; aunque se perdieran, la experiencia haría que las recuperásemos. Numerosos egos las conocen por sí mismos y directamente, pero muchos otros, por lo menos en lo que se refiere a su personali-

dad, sólo pueden adjudicarles la fe. Las aceptan, porque estas verdades les han sido presentadas como a tales por aquellos a los que han otorgado su confianza, y también porque les parecen evidentes, y las únicas capaces de explicar de una manera racional la existencia conforme ellos la contemplan. Esto es una etapa, y una etapa muy importante, en el camino que conduce al conocimiento pero, con el bien entendido de que no se trata del conocimiento directo. Por ejemplo, yo puedo decirlos: “Para mí, estas verdades son una realidad porque, en muchos planos y durante largos años, he realizado investigaciones y experiencias cuyo resultado hubiera sido distinto si estas leyes fundamentales no existieran”. En nuestra época, las personas que pueden decir “Yo he visto” son escasas, pero cada uno de nosotros debería esforzarse para ser capaz de ello, porque el conocimiento directo confiere mucho más poder que la convicción intelectual más diáfana.

Si una persona habla de estos hechos, siempre se descubre si habla de lo que conoce o si solamente lo hace de lo que ha oído decir. El efecto magnético difiere según el caso. En interés de los demás es, pues, importante adquirir cuanto antes mejor conocimientos a nivel personal. Aunque sólo sea una mínima parte de la gran verdad, si es el resultado de nuestra propia experiencia, la verdad de todo el resto se hace cada vez inmediata y nuestra confianza crece. Las personas cuya certeza, basada en sus conocimientos, es perfecta, pueden dar a los demás una ayuda que sólo permite la sabiduría; de ahí la gran utilidad de nuestra experiencia personal fragmentaria.

Muchas personas, en algunos momentos, bien en sueños o durante la meditación, han visto al Maestro; esto es lo que no les resulta fácil llegar a demostrar a los demás. Se les dirá: “¿No se tratará simplemente de una alucinación o de tu

imaginación?" Ahora bien, estas personas saben perfectamente que esto no es así, saben que han visto; saben también que han sentido una sensación que les proporcionó la seguridad de la presencia de uno de nuestros Grandes Maestros. He aquí una modesta experiencia pero cuyos efectos son considerables; aquellos que han tenido la suerte de pasarla pueden sentirse profundamente agradecidos. Al menos es un punto a favor, y conocer un solo hecho relativo al mundo superior aclara y facilita de inmediato todo el resto de la doctrina. Hay que tener cuidado en no menospreciar las experiencias de este tipo.

No es extraño que nuestra sabiduría sea imperfecta; tiene que serlo; es completamente natural. Cuando pensamos que nuestros conocimientos son completos y, lamentablemente, son parciales, es cuando, persuadidos de nuestra omnisciencia, condenamos a otros hombres cuyas ideas difieren de las de los demás, sin comprender que ellos contemplan la verdad a través de otra de sus numerosas facetas, es entonces cuando nos equivocamos de camino. Mantengamos firmes nuestros conocimientos imperfectos, pero aprovechando todas las ocasiones para ampliarlos, sin olvidar nunca que estos conocimientos son imperfectos; de otro modo, cometeríamos un fácil error: el de condenar a una persona tal vez más instruida que nosotros. La verdad es profunda y, a menudo, misteriosa; ningún hombre, ningún grupo, ninguna secta es capaz de concebirla íntegramente. Hay que ir aprendiendo gradualmente a apreciar la verdad antes de poderla conocer bajo cualquiera de sus aspectos. La verdad relativa a un objeto cualquiera es la manera en que este objeto se presenta al Logos, al Creador de todo el sistema; Sólo Él la comprende y conoce todas las cosas tal como son; sólo Él mira con perfecta justicia. Para nosotros, la verdad es relativa; no podemos ver el conjunto como Él lo ve, pero si bien

nuestros conocimientos deben ser imperfectos, muy bien pueden no ser falsos en su estado actual. Podemos saber bastante sobre una cuestión determinada para que, una vez convertidos en Adeptos, la conozcamos por entero; no estamos obligados a rectificar las ideas adquiridas anteriormente; bastará con ampliarlas.

Es muy difícil saber lo que se puede enseñar a la gente de fuera; también es bueno dirigirse a la autoridad de un Maestro para saber los puntos que, preferentemente, hay que exponer a todo el mundo. A menudo hemos de hablar de Teosofía a personas que no comparten para nada nuestro punto de vista. Cuando damos una conferencia pública, a veces sentimos que lo explicaríamos mejor si reveláramos un poco del sentido profundo y, sin embargo, vacilamos, tememos que esto no sea prudente.

Es evidente que si quisiéramos enseñar a nuestro auditorio todo lo que nosotros sabemos de Teosofía, muchos de ellos no comprenderían gran cosa. Uno siente de inmediato la imposibilidad de hablar de los Maestros a algunas personas, porque la idea es para ellos totalmente extraña; con este tema, no cabe duda de que se daría pie a sus desconsideradas o burlonas observaciones, lo cual, además de dolernos, equivaldría para ellas a un Karma muy negativo. La persona que habla mal de los Grandes Seres asume una grave responsabilidad, y el hecho de que no se crea en Ellos no modifica en absoluto los resultados. Podemos no creer que un pedazo de metal está caliente, pero si lo cogemos con la mano nos quemaremos. Las personas que dicen mal de Aquellos cuyas vidas y energías están por entero consagradas a la ayuda del mundo, cometen, a la par, un gran pecado de ingratitud y el hacer risibles las cosas santas, es decir, blasfemar. La ignorancia de Su carácter sagrado no tiene nada que ver en esto. De ahí la necesidad de medir bien nuestras pala-

bras; el único objeto de una conferencia es el de beneficiar al auditorio; lo mismo podemos beneficiarles que perjudicarles al presentarles ideas de las que puedan burlarse.

Recordad estas palabras del Cristo, a menudo mal interpretadas: "No echéis las perlas a los puercos". A menudo la gente se imagina que aquí los hombres son comparados a los puercos. El gran Maestro no lo entendía seguramente así; quería decir, simplemente, que hacer partícipes dar las verdades internas a personas demasiado ignorantes para apreciarlas, sería tan insensato como echar perlas a los puercos; éstos, creyendo recibir el alimento y apercibiéndose de que las perlas no se comen, las patearían en el lodo, después se volverían contra el que les echa las perlas y le desgarrarían, furiosos por haber sido contrariados. Independientemente del valor que tengan para nosotros las perlas, para ellos resultarían inútiles. Esta es, en general, la actitud propia de las personas corrientes cuando les presentamos verdades que son incomprensibles para ellos; no ven el valor, las apartan y, lo más corriente es que nos reprochen airadamente el haberles proporcionado lo que ellas consideran inútil.

Siempre se ha aceptado que las verdades simples son las únicas que pueden presentarse a la mayoría de los hombres todavía poco evolucionados. Las grandes religiones han poseído todas una verdad especial que enseñaron con insistencia; si se acepta totalmente una de estas verdades, uno se da cuenta de que responde a casi todas las necesidades. Es muy necesario que algunas ideas sean implantadas en la mente de los egos en evolución; éstos pasan luego de religión en religión, de raza en raza, y se ilustran en cada una de ellas.

En el hinduismo, por ejemplo, se insistía especialmente en la gran idea del deber. Cuando esta idea domina la mente de un individuo, evidentemente, ésta le conducirá a llevar

una existencia virtuosa y ordenada. La religión griega insistía en la belleza; la idea principal que la religión inculcaba a los griegos en toda su vida, era la de la belleza, expresión de Dios. En la medida en que un hombre embellecía su propio cuerpo y su entorno, les acercaba más al modelo deseado por Dios y así permitía al poder divino manifestarse más en él. El menor objeto cotidiano, pues, era siempre bello, no necesariamente caro o difícil de encontrar, sino bello por su forma y por su colorido. Esa era la realidad proclamada por Grecia en el mundo: el poder de la belleza.

El cristianismo tiene como idea central la devoción. La iglesia cristiana se ha propuesto durante siglos producir santos, personas virtuosas; se felicita de haberlo logrado y de haberse hecho acreedora de ello. Celebra sus festividades y los coloca en el pináculo de todas las maneras. Examinando su historia se constata que pertenecieron a tipos distintos. Los unos, no cabe duda, eran importantes, instruidos y capacitados; otros, muy diferentes, eran muy sencillos y sin instrucción; su bondad era todo su mérito. Hace falta profundizar mucho para comprender que la religión cristiana tiene como meta, no solamente alimentar la llama de la devoción, sino además, ayudar a los fieles en todos los niveles y en todos los puntos de vista.

Al examinar otras grandes religiones, tales como el buddhismo o el hinduismo, las vemos preparadas también para responder a todas las necesidades. Cada una tiene, para los hombres no cultivados, algunos preceptos que, si los observan realmente, les ayudarán a llevar una vida virtuosa. Poseen también, para aquellos que tienen necesidad de ello, importantes doctrinas metafísicas y filosóficas. En su forma actual, el cristianismo no hace lo mismo. No olvido los escritos de los Padres de la Iglesia. Remontándonos hasta Orígenes y Clemente de Alejandría, encontramos indicaciones re-

lativas a estas elevadas doctrinas; estos autores nos dicen, por ejemplo, que el cristianismo poseía sus Misterios, pero el cristianismo de todas las grandes iglesias, griega, romana o anglicana, es ostensible que representa muy imperfectamente lo que fuera antaño.

Toda verdadera religión tiene que ser capaz de adaptarse a las necesidades de la humanidad más diversa; tiene que satisfacer al sabio y al erudito, como también al devoto sin instrucción; ciertamente, no tiene por qué considerar al hombre devoto, pero ignorante, por debajo del estudioso que quiere comprender. El cristianismo, desgraciadamente, tiene una innegable tendencia a condenar a los hombres deseosos de aprender; a despreciar su conocimiento y a llamarlo la sabiduría seglar, en definitiva, una tendencia a juzgar mucho más aptos para un progreso rápido a aquellos que toman la actitud infantil. El alma infantil tiene que actuar como a tal; toda religión tiene que poder satisfacerla, pero esa no es razón para no tener ningún alimento para uso de las almas más avanzadas. Las almas que, después de muchísimo tiempo y en otras vidas, han pasado por las primeras etapas de desarrollo, experimentan ahora el deseo de comprender el gran Plan, de saber algo del mundo en el que viven, de los principios que le sirven de base y le permiten subsistir. Muchos de nuestros hermanos cristianos, para su gran alivio y con alguna sorpresa, han descubierto que la Teosofía es capaz de proporcionarles estos conocimientos, sin representar ningún atentado contra su cristianismo. La doctrina cristiana primitiva no encierra nada que contradiga ninguna ciencia, si bien, a partir de la edad media, la doctrina eclesiástica haya seguido una tendencia anticientífica.

En sus orígenes, el cristianismo llevó a cabo su cometido como lo hicieron las otras religiones; la única razón por la cual es cierto que actualmente tiene necesidad de completar-

se, es que ha sufrido particularmente la desaparición de su doctrina superior.

El Chohan termina la primera parte con estas palabras:

Las escritas anteriormente son las primeras reglas escritas en los muros del Vestíbulo del Saber. Aquellos que pidan, obtendrán. Aquellos que deseen leer, leerán. Aquellos que deseen aprender, aprenderán.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO XII (LXVIII)

COMENTARIO PRELIMINAR

C.W.L.— En la segunda parte de *Luz en el Sendero*, donde se supone que el estudiante ha recibido la Primera Iniciación, el hombre se eleva gradualmente hasta el nivel del Adepto. Sin embargo, más allá empieza una interpretación diferente y superior; esta interpretación ayuda al hombre convertido ya en Adepto a recorrer la etapa siguiente. Guardo del Swami T. Subba Rao, muy versado en estos temas, la opinión de que, en realidad, esta obra presentaba siete sentidos, siete modos de interpretación, pareciendo corresponder a diversos niveles, y que la interpretación más elevada conducía al hombre hasta la Iniciación del Mahachohan. Quede claro que se trata de temas que se nos escapan por completo. Este nivel es demasiado sublime para que nos sea posible comprender a lo que se refiere el texto. Tal vez podamos vislumbrar un doble sentido, pero más allá, todo es inaccesible para nosotros.

La parte ya estudiada nos prescribe que rechazemos el yo inferior o personalidad; siguiendo la interpretación superior, deberíamos rechazar la individualidad. Si la primera parte, en su interpretación inferior, tenía por objeto la unión del Yo superior y del yo inferior, la segunda interpretación de la

primera parte se refiere a la unidad del ego y de la Mónada. La segunda interpretación de la primera parte tiene que ser la primera de la segunda parte puesto que se deriva de la primera. Es bueno recordarlo; de ese modo podremos entrever aquí y allá todavía más arriba, el sentido de la primera interpretación.

Del silencio que es paz, surgirá una voz resonante. Y esta voz dirá: No es suficiente; has cosechado, ahora tienes que sembrar. Y reconociendo esta voz como el silencio en sí, obedecerás.

Tú que ahora eres un discípulo capaz de mantenerte firme, capaz de oír, capaz de ver, capaz de hablar, que has vencido el deseo y has alcanzado el conocimiento de ti mismo; tú que has visto el florecimiento de tu alma y la has reconocido y has escuchado la Voz del Silencio, dirígete al Templo del Saber, y lee lo que allí está escrito para ti.

Esta es la introducción a la segunda parte debida al Maestro Veneciano. Yo creo que primero es necesario examinar la frase inicial: *“Del silencio que es paz surgirá una voz resonante... Y reconociendo esta voz como. el silencio en sí, obedecerás”*. Entre los teósofos, se ha preguntado muchas veces, qué significaba exactamente la voz del silencio, pero actualmente se está casi de acuerdo en reconocer que el sentido de esta expresión varía. El silencio representa siempre lo que se encuentra inmediatamente más allá del punto alcanzado por el hombre; la voz del silencio es la voz que le llega de lo alto, la del ser interno, de la que ya hemos hablado.

En todos los casos, la voz que llega de lo alto es esa voz

que una vez se ha escuchado exige obediencia. Al nuevo iniciado (interpretación inferior) o al nuevo Adepto (interpretación superior), la voz le dice que si descansa en la felicidad de su inefable paz, no debe complacerse demasiado tiempo en ello. En el silencio, el hombre se maravilla de los dones gloriosos que le ha conferido la Iniciación; se toma algún tiempo en la contemplación; estudia todas las cosas a la nueva luz de la que ahora está rodeado. Pero la voz resuena; le dice que habiendo cosechado, tiene que sembrar de nuevo. El hombre, cuando ha alcanzado este grado y ha ganado todo lo que esto implica de conocimiento, de seguridad y de paz, tiene que tratar de transmitir estos dones a otros; no tiene que contentarse con haberlos obtenido para él mismo.

El Chohan recuerda en seguida al estudiante las facultades que ha adquirido: *“Tú que ahora eres un discípulo capaz de mantenerte firme, capaz de oír, capaz de ver, capaz de hablar”*. Tal como lo explica el Maestro, la capacidad de mantenerse firme significa tener confianza. Esta confianza el hombre la tiene por su conocimiento. En la primera Iniciación, se le ha concedido al discípulo un primer contacto con el plano búddhico; de aquí el hecho de algunas experiencias, no necesariamente muy prolongadas, pero por lo menos bien claras, que le permitirán constatar por sí mismo la existencia de semejante realidad y la unidad de la vida.

A continuación viene una extensa nota del Maestro Hilarión, y al primer golpe de vista vemos que en la segunda parte trata muy diferentemente el conjunto del tema. Nos había dado una especie de comentario general del texto; aquí nos explica cada palabra; evidentemente, considera que esto es mucho más difícil de entender y que exige, no un simple comentario, sino una explicación.

Para empezar, dice:

Ser capaces de mantenerse firmes, quiere decir tener confianza; ser capaz de oír es haber abierto las puertas del alma.

La expresión “puertas del alma” recuerda el nombre pâli que se da en al Sendero de probación a la primera cualidad que se exige, el discernimiento entre lo real y lo irreal, llamado en pâli *manodwâravajjana*, es decir, “la apertura de las puertas de la mente”. La mente del hombre, al haber empezado a distinguir entre los objetivos dignos de ser perseguidos y aquellos que no merecen la pena, ha abierto sus puertas a fin de recibir la verdad. En el momento de la Iniciación, quedan otras puertas por abrir, las del alma; en otras palabras, el hombre tiene que adquirir la conciencia búddhica. Entonces, por primera vez, el hombre es realmente un alma y mira todas las cosas como las mira un alma. Por debajo de este nivel impera la separación, debida a la materia, si bien, incluso en el cuerpo causal, el hombre está muy alejado todavía de concebir el significado real de la existencia, tal como la ve el alma; pero, al alcanzar la conciencia búddhica, el hombre alcanza una condición que difiere no solamente en gradación, sino incluso en la naturaleza de la condición precedente. He aquí por qué se le concede tanta importancia; y he aquí por qué está comprendida en la primera Iniciación, aun cuando nos sea posible alcanzar esta conciencia fuera de la Iniciación y antes de llegar a ésta.

Ser capaz de ver, es haber alcanzado la percepción.

Si es verdad que el iniciado percibe directamente mucho mejor el mundo físico que el hombre corriente, también es cierto que el resultado de sus observaciones es muy superior a lo que se puede expresar fácilmente o comprender con precisión. Desde hace muchísimo tiempo, los pensadores han

hecho de la existencia o de la no existencia de Dios el objeto de sus interrogantes, de sus discusiones, de sus razonamientos. Ningún clarividente instruido hace lo que ellos, porque éste sabe. No quiero decir que vea a Dios. "Nadie ha visto jamás a Dios"¹ nos dice el texto cristiano. Esto no es totalmente exacto si se trata del Logos Solar, pero para la mayoría de los estudiantes esto es cierto. Sin embargo, si bien es verdad que en general los hombres no han visto la electricidad, son numerosas las pruebas de su existencia. Nuestra iluminación por electricidad, la fuerza motriz de nuestros tranvías nos lo demuestran, por más que nunca hayamos visto esta energía. Igualmente, el clarividente, sin haber contemplado jamás la Divinidad Solar, ha constatado lo suficiente Su actuación para hallar en ello la prueba de Su existencia. Este es pertinentemente nuestro caso en numerosos datos teosóficos relativos a los temas más elevados. No siempre sabemos directamente, pero vemos los resultados.

Por debajo del rango del Adepto, nadie puede ver la Mónada, pero el Arhat sabe que existe en el plano nirvánico que se encuentra inmediatamente debajo de la morada de la Mónada; nosotros percibimos una triple manifestación llamada por nosotros el triple espíritu. Los rayos que de ella emanan convergen manifiestamente, elevándose al punto superior; tienen que unirse; lo comprendemos, si bien su reunión se nos escapa. Los fenómenos que percibimos y que se relacionan con ellos nos hacen pensar que estos rayos no pueden ser más que las tres facetas de un único y grande cuerpo, o de una gran luz. Es por eso que, sin haber constatado realmente con nuestros ojos la existencia de la Mónada,

¹ S. Juan, I,18.

admitimos su existencia basándonos en un testimonio que merece nuestra confianza absoluta: el testimonio de nuestros Maestros; además, los fenómenos visibles postulan para nosotros en el plano más elevado que nos es accesible, postulando la existencia de semejante realidad.

Estos Grandes Seres nos han hablado de algunas cosas todavía inaccesibles para nosotros, pero, invariablemente, cuando hemos dado un paso adelante, hemos podido comprobar mucha ventaja. Esto nos pasa muchas veces. Entonces, si al alcanzar el nivel del cual se trata en el texto, todavía no somos capaces de ver al Logos, Su existencia se nos afirma por tales testimonios que nos sentimos en la imposibilidad de no creer en ello. Estos testimonios y también el movimiento de la ley de evolución nos dan la absoluta certeza de que todo va bien.

Para eso es necesario un principio de visión superior; y esto es extremadamente importante. Antes de llegar allí, imagino que a duras penas el hombre comprende la naturaleza de esta absoluta certeza; no hay ningún desastre final y, a pesar de la oscuridad que rodea las cosas, esto es una simple apariencia. Muy pronto las nubes se disiparán y el sol eterno que no ha dejado de brillar por debajo de nuestras cabezas, se mostrará de nuevo.

Habituándose un poco a ello, tal vez no es muy difícil llegar a la convicción de que, por lo que se refiere a nosotros personalmente, todo está bien. En el transcurso de la vida nos encontramos con toda clase de sinsabores y dificultades y, sin mencionar siquiera el ocultismo, el hombre con mentalidad teosófica muy pronto reconoce que lo que le acontece tiene menos importancia que su propia actitud, y que puede sentirse feliz en circunstancias donde muchos otros se sentirían afligidos. Lo contrario es verdad. Un hombre puede en-

contrar el medio de ser desgraciado en circunstancias en las que otros, en general, estarían contentos. Además, no tiene que ser tan difícil creer que todo lo que nos concierne, labora para nuestro bien; creer lo mismo con relación a aquellos que nos son queridos lo es mucho más, si los vemos en dificultades, en el error, en el sufrimiento. Sentimos mucho más dolor al pensar que para ellos todo pasa regularmente, porque, naturalmente, sentimos por ellos un interés protector: quisiéramos ahorrarles los embates del Karma.

El amor es ciego, se dice; tal vez en un sentido impide ver claro, sin embargo mi propia experiencia me ha demostrado lo contrario: un vivo afecto nos hace estar particularmente atentos por lo que respecta a un defecto y quisiéramos contribuir a eliminarlo. El dicho, tal como se interpreta, significa que los defectos de la persona amada no los vemos; sea como sea, desde que nace en nosotros el sentimiento de lo real, entre otras grandes ventajas, tenemos la absoluta certeza, para nosotros mismos y para nuestros seres queridos de que todo es para bien y que el resultado será, a fin de cuentas y en todos los casos, el mejor posible; esta seguridad es una abundante fuente de paz.

Ser capaz de hablar, es haber obtenido el poder de auxiliar a los demás.

Elección significativa: el Maestro señala la palabra como el modo de ayuda que nos resulta más fácil. Y eso es verdad para la mayoría de nosotros. En el plano físico, podemos ayudar a los demás de diversas maneras, pero la más eficaz, para nosotros los teósofos, consiste en hablar o en escribir, otra modalidad de la palabra. Podemos comunicar lo que sabemos. Sin poseer el conocimiento directo, algunos de nosotros tienen la íntima convicción de que tendríamos mucha dificultad para explicarnos si se nos pusiera a prueba.

El enorme ascendente de la Dra. Besant es debido al sentimiento que invade a sus oyentes cuando ella habla de lo que sabe; además, su elocuencia es extraordinaria. No cabe esperar adquirirla en poco tiempo, porque la elocuencia no es un don; la suya es el resultado de un duro trabajo proseguido durante muchas existencias, en el curso de las cuales la Dra. Besant ha concentrado en el arte de la oratoria una gran parte de su poder intelectual; de aquí su talento actual. Un día la felicitaron por su admirable elocuencia. "Yo hablo en público después de doce mil años, respondió; debería empezar a estar acostumbrada". Sólo esta práctica le ha valido su notable poder, y nosotros, sin unos esfuerzos parecidos a los suyos, no podemos esperar alcanzar el mismo resultado. Sin embargo, sin poseer esta elocuencia sin parangón, todos nosotros podemos hablar de las cosas que sabemos; a nuestra convicción responderá la confianza de nuestros oyentes.

Cuanto más seguros estamos de nosotros mismos, tanto más hacemos partícipes a los demás de nuestras convicciones; también nuestra ayuda es más efectiva. Profundicemos cada día más en nuestros estudios, no nos contentemos con la interpretación superficial de las ideas teosóficas; estas ideas tienen que impregnar nuestra vida. Soy consciente de que algunos miembros de la Sociedad Teosófica, que ingresaron hace veinte años, no saben más hoy de lo que sabían el día de su admisión. Pero también sé que muchos miembros antiguos han asimilado la doctrina hasta el punto, por así decirlo, de hacer de ella una parte de sí mismos; estos miembros son capaces de hablar con seguridad, con una seguridad que los estudiantes, a pesar de su entusiasmo, no adquieren fácilmente. Hoy como antes, sigue siendo verdad que: "Si alguien quiere hacer la voluntad de Dios, sabrá si la doctrina

es de Dios”². La única manera de adquirir la certeza antes de que el conocimiento directo sea accesible para nosotros, es la de vivir como si la doctrina fuera verdadera; entonces, bajo nuestros ojos, los hechos se multiplicarán poco a poco y la confirmarán; cada uno de ellos, por sí solo, puede parecer insignificante, pero reunidos, constituyen un testimonio imposible de poner en duda o de rebatir.

Haber conquistado el deseo, es haber aprendido a utilizar y a controlar el yo; haber alcanzado el conocimiento de sí mismo, es haberse retirado a la fortaleza interna desde donde el hombre personal puede ser contemplado con imparcialidad.

En este caso, la fortaleza interior queda claro que es el ego. En una etapa más avanzada, la fortaleza interior es la Mónada a la cual tiene que unirse el ego. Ya he explicado de qué manera el ego desciende a la personalidad. Hace falta tener una idea muy clara de ello. La Mónada hace descender un rayo surgido de ella misma —no hallamos un símil más apropiado— hasta el plano nirvánico que se encuentra inmediatamente por debajo del suyo. El rayo se divide en tres y se convierte en el triple atma o triple espíritu; bajo estos tres aspectos éste desciende y se manifiesta en los planos inferiores donde se presenta como atma-buddhi-manas cuyo conjunto constituye el ego. Ahora bien, este ego no es más que una manifestación parcial de la Mónada; no es más que un pequeño fragmento, podría decirse; sin embargo, se comporta como si fuera una entidad completamente independiente. Igualmente, la persona corriente considerándose una entidad separada, está dispuesta a creer que el alma flota im-

² San Juan, VII, 17.

precisamente por encima de su cabeza, como un globo cautivo.

Todos los teósofos que no conocen la obra creo que harían bien en leer *Human Personality* (La Personalidad Humana), del profesor Myers, donde el autor expone de la manera más magistral, la relación entre el Yo superior y el yo inferior; estas páginas tienen para nuestros miembros un interés muy particular, porque el profesor Myers, al principio escéptico, termina por admitir las apariciones y, en definitiva, todo lo que sigue. A menudo me he encontrado con él. Veía mucho a Madame Blavatsky; muy impresionado por lo que ella le decía, sin embargo jamás se declaraba satisfecho; buscaba siempre precisiones parapetándose en su punto de vista intelectual; ahora bien, esto es precisamente lo que no puede darse, por una dificultad insuperable, respecto a todo lo que corresponde a los planos superiores. No se pueden expresar en los términos de los planos inferiores las funciones, poderes o condiciones de los planos superiores; es tan imposible como aplicar al contenido de un cubo las medidas de superficie. Esa es precisamente la diferencia.

El profesor Myers buscaba experimentar el mundo superior en los términos del mundo inferior. La aproximación podemos buscarla; podemos aplicarnos a ello tratando de estimular la imaginación de nuestros lectores y oyentes, pero nos faltan las palabras en sí; no porque se nos imponga el silencio, sino porque la expresión deseada es imposible. Para que los ojos se abran en los grandes planos superiores, es necesario desarrollar nuestras facultades superiores. A pesar de todo lo que podamos haberles dicho relativo al mundo astral, las personas que acceden a este mundo con plena conciencia, dicen: "No me habían dicho ni la mitad". Es verdad, las palabras no fueron suficientes. Si las cosas de lo alto escapan realmente a nuestra comprensión, ya es una

satisfacción y una ventaja muy grande el conocerlas parcialmente. Puede que sólo comprendamos a medias, pero sabemos bastante para estar seguros de que no hay que tener miedo, ni dudar; y ahí está la grande y magnífica ventaja que debemos al estudio teosófico.

Haber visto la expansión de tu alma, es haber obtenido una visión momentánea en ti mismo de la transfiguración que te convertirá, finalmente, en más que un hombre.

Al llegar a la conciencia búddhica, el hombre consigue la percepción interna que va más allá de la percepción, porque comporta además el sentimiento. Esto es tan extraordinario, tan absolutamente nuevo en la experiencia humana, que el Maestro vuelve sobre ello una y otra vez, repetidamente, de diferentes maneras y desde diferentes puntos de vista. Vislumbrar por primera vez lo que hará de él más que un hombre, he aquí en lo que consiste el primer contacto con la unidad en el Logos o Dios de nuestro sistema solar. Recordad sin embargo que, en la Iniciación, el hombre no recibe la plena conciencia búddhica, y que no desarrolla en modo alguno un vehículo búddhico.

El discípulo, habiéndose ya familiarizado con el desarrollo de la conciencia búddhica, ha realizado por lo general algunas experiencias en este plano. En caso contrario, su primera experiencia tiene lugar ahora; tiene que ver directamente con las trabas de las que empieza a deshacerse. Las tres primeras a rechazar son la ilusión del yo, la duda y la superstición. El espectáculo entrevisto hace que se desmoronen. Nada de separación ilusoria cuando se ha reconocido la unidad; poner en duda los hechos resulta imposible. Al discípulo se le dice que no tiene que dudar ni de la evolución, ni de la gran ley del Karma, ni de la posibilidad de realizar